

CONCURSO DE CUENTOS CRHIAM

Relatos del *agua*



CRHIAM
CENTRO DE RECURSOS HÍDRICOS PARA LA AGRICULTURA Y LA MINERÍA
ANID/FONDAP/15130015



EDITORIAL
UDEC



CONCURSO DE CUENTOS CRHIAM

Relatos del *agua*

Concurso de cuentos CRHIAM
RELATOS DEL AGUA

ISBN: 978-956-227-531-6
Editorial Universidad de Concepción

Dirección CRHIAM:

Gladys Vidal - Directora
Pedro Toledo - Subdirector

Comité editorial:

Constanza Bello Silva
Sujey Hormazábal Méndez
María Belén Bascur Ruiz

Diseño editorial:

Okey Comunicaciones

Ilustraciones:

Pamela Murtilla

Impresión:

Trama Impresores S.A.

Agradecimientos:

Centro de Recursos Hídricos para la Agricultura y la Minería
CRHIAM
ANID/FONDAP/15130015

Victoria 1295, Barrio Universitario,
Concepción, Chile
Teléfono +56-41-2661570

www.crhiam.cl



Presentación

“**Relatos del agua**” es un libro que nace a partir del concurso de cuentos que realizó el Centro de Recursos Hídricos para la Agricultura y la Minería (Centro Fondap CRHIAM). Durante 2021 se invitó a la comunidad a escribir sus historias vinculadas al agua, como una forma de conectar con los sueños, inquietudes, desafíos y recuerdos que hay en relación con este vital elemento.

Es así como personas de distintas partes de Chile y de diferentes edades nos enviaron sus textos, que hoy son parte de esta obra. Abordando el agua de forma transversal, las historias que aquí se plasman tienen que ver con vivencias personales, fantasía, romance o ciencia ficción, entre otras. Son el reflejo de la multiplicidad de roles que cumple el agua en la vida de los seres humanos y de todo lo que habita en el planeta.

Estas páginas también invitan a reflexionar, a ver el agua desde la mirada de los niños, jóvenes, adultos y adultos mayores; de hombres y mujeres, tanto del norte como del sur y, en especial, en estos momentos en que nuestro país atraviesa por una prolongada sequía y que debe lidiar con los efectos del cambio climático.

Muchas de estas historias también nos hablan de la esperanza de hacer un mundo mejor y resguardar el elemento fundamental para nuestra vida. A través de “Relatos del agua”, CRHIAM continúa la labor de conectarse con todas las esferas de la sociedad y, en este caso en particular, escuchando a quienes pueden entregar un enfoque diferente sobre el agua por medio de su experiencia en distintos territorios.

Agradecemos a cada una de las personas que participaron con sus cuentos. Esperamos que los lectores y lectoras disfruten de estas historias y de las hermosas ilustraciones hechas por Pamela Murtilla; y los animamos a crear, en un futuro, sus propios “Relatos del agua”.

Equipo CRHIAM



Índice

Efecto Leidenfrost.....7 <i>Primer lugar</i> Alexandra Bobadilla	El guerrero y la gema17 del agua Florencia Araya	Raen.....29 <i>Segundo lugar</i> Iris Quevedo
Carta del futuro.....8 <i>Mención honrosa</i> Simona Enríquez	Parece un cuento18 María Iris Guiñez	El agua es vida.....30 <i>Mención honrosa</i> Oscar Ulloa
Agua9 Génesis Araya	De ríos a piscina19 <i>Mención honrosa</i> Jaime Contreras	Rain, el dragón de agua.....32 Alfonso Bonilla
Un queso.....10 Camilo Rivera	La princesa Sol y la21 laguna mágica Martina Núñez	Lloverá.....33 Juan Pablo González
Cómo se creó el agua11 <i>Mención honrosa</i> Jean Pierre Castro	Mi reserva22 Karen Mennickent	El camino al agua35 <i>Mención honrosa</i> Maricela Cancino
Catalizador.....13 Rocío Paiva	¿Dónde está el agua?.....23 <i>Mención honrosa</i> Cristián Cortés	Dilema marítimo.....37 Luciano Vera
Última lágrima.....15 Nadia Noliz	Los dioses del agua25 Camila López	La piedra de la lluvia38 Rodolfo Ramírez
Cuestión de fe16 <i>Mención honrosa</i> Ricardo Díaz	Los cisnes y el río26 José Venegas	El lago de la muerte40 <i>Mención honrosa</i> Javiera Poblete



¿Dónde te llevaste el agua? Katherine Henríquez	42	Felipe, su abuelo y la cascada <i>Mención honrosa</i> Ernesto Del Pino	56	En busca del nache Daniel Varela	69
La maldición de Álex Mariela Silva	43	El año 3000 Lidia Ulloa	58	Una gota en la ventana <i>Mención honrosa</i> Matías Campos	71
El secreto de Antonia <i>Mención honrosa</i> Paulina Bello	45	La guerra por el agua Ariel Cerpa	59	El lago mágico Daniel Silva	72
La invasión Diego Cifuentes	47	La historia de Elizabet <i>Mención honrosa</i> Belén Cayuleo	60	El tranque y la familia Jaime Riquelme	74
El sembrador de agua <i>Mención honrosa</i> David Poblete	48	El collar del mar Yolanda Contreras	62	Una importante lección <i>Mención honrosa</i> Felipe Bravo	76
El agua y su importancia Bastían Reyes	50	La efímera serpiente del secano Eduardo Mella	64	El lago sagrado Ian Ramírez	78
La historia de Rayén y la abuelita Amancay Ángela González	52	La tarea de Germán <i>Mención honrosa</i> Natalia Esparza	65	El río mágico Catalina Carrasco	80
La Señora Agua y su familia <i>Tercer lugar</i> Joaquina Araya	55	El encanto de Candelaria Maximiliano Bello	67		





Efecto *Leidenfrost*

Escrito por:
Alexandra
Bobadilla

Primer
Lugar



Supe que estaba embarazada luego de un sueño. Estaba frente al mar en su ocaso y una suave ola dejó en el remanso de la arena oscura una criatura pequeña, rolliza con los ojos abiertos. Inmediatamente comprendí que era mi hija.

Ella era pura, tan cristalina que cuando se ponía a contraluz el sol casi la atravesaba. Nació prematura, pero ningún dolor me avisó de su venida. Un día me estaba bañando y ¡fium! Oí el chasquido del agua en la bañera y ahí estaba ella, hermosa, etérea, flotando de espaldas al agua, unida a mí por el cordón. Entendí que era especial tan sólo al mirarla. El ruido de la ducha, el agua cayéndole encima no la asustaban, sólo se mecía grácil observándome. Al cumplir el año la llevamos al río y sin miedo saltó al agua mientras las otras personas la miraban admirados. Apenas se mantenía a flote asomando su cabecita por encima de la superficie. Nunca me había sentido tan enamorada en mi vida, me complacía infinitamente mirarla, podía hacerlo durante horas. Tampoco nunca sentí aprensión por ella cuando los otros niños la aislaban, no era tímida, todo lo contrario, intimidaba a los otros niños con su mirada tranquila que parecía entenderlo todo.

La primera vez que la llevé a conocer el mar tuve el terrible presentimiento de que ella “no era mía”. Corrió con sus patitas pequeñas hacia el agua ante el grito desesperado de las otras madres que llamaban a sus hijos porque la marea había subido rápidamente de pronto. Mi corazón se recogió en un puño al recordar mi sueño premonitorio: la mar la estaba reclamando. Corrí hasta ella alejándola del agua entre mis brazos.

Tiempo después, recuerdo que era invierno, un día especialmente lluvioso fui a buscarla al jardín, sorprendiéndola bajo la lluvia con los brazos extendidos mirando hacia el cielo, totalmente empapada. Tuve tanto miedo que llegué a creer tontamente que vendría una nube y se la llevaría. Luego de eso, una fiebre terrible se apoderó de ella sin estar realmente enferma.

La llevé al hospital cerciorándome de que todos sus signos vitales estaban perfectos. La doctora estaba igual de sorprendida que yo. La tuvo en observación dos días completos, sin embargo, sólo sus mejillas sonrosadas denotaban algo extraño. Su temperatura subía y subía por lo que me recomendaron llevarla a casa y sumergirla en agua helada para intentar frenarla.

Llegué corriendo a llenar la tina. En cuanto la hundí, el cuarto se condensó en vapor, bajando el nivel del agua considerablemente. Di la llave para volver a llenar la tina mientras mi hija reía alegremente, ignorante de mi desesperación. Fui a la cocina por hielo, al volver el baño estaba inundado y la bañera rebalsada. Mi hija flotaba sólo con el óvalo de su carita asomándose sobre el nivel del agua. Me acerqué para sacarla, pero cuando me zambullí para alzarla no había nada... la miré sin creer lo que estaba pasando. Ella me miró por el rabillo del ojo, sonriéndome. “Está bien, mamá” me dijo tranquila, con su voz de pajarillo. Volví a hundirme hasta el pecho buscando debajo del agua, pero su cuerpo ya no estaba, se había ido. Intenté tomar su carita que se sumergía cada vez más, pero al hacerlo ésta se deshizo entre mis manos, escurriendo entre mis dedos.

Fui iracunda hacia el mar. Viajé durante horas sin pensar nada realmente, tan sólo repasaba una y otra vez la escena en la tina, la última vez que la tuve entre mis brazos, su vocecilla hablándome. Bajé por la costanera como una posesa, gritando, reclamando a mi hija de vuelta, la mar me la había quitado, porque sé que era la mar, ella me la había arrebatado. Me hundí llamándola, nadando en locura, sin embargo, sólo fui mecida por las olas que intentaban calmarme con su suave vaivén. Lloré de rabia golpeteando inútilmente el agua hasta que percibí una garuga suave, una lluvia fina que venía a amainar mi corazón. Entonces descubrí que ahora mi hija estaba en todas partes, que no había desaparecido, sino que ahora era vida.

Carta del futuro

Escrito por:
Simona
Enríquez

Mención
Honrosa



Había una vez, ríos torrentosos de aguas muy frías. Había una vez, mares de oleaje calmo y de colores que abarcaban toda la gama de azules, desde el celeste más claro a un azul oscuro, pero para nada turbio. Había una vez, cascadas intensas y rápidas, de aguas que daban la impresión de estar enojadas, por la velocidad y cantidad que caía de forma libre, pero siempre ordenada.

Digo había una vez, porque ya no lo hay más. O eso al menos me han dicho, yo no lo he visto. El mundo es cada vez más peligroso y salir a la intemperie parece ser una misión que queda solo para los más valientes. En los recuerdos han quedado todas aquellas historias del mundo, que, si bien muchos dicen que no era ideal, cualquier cosa lo parece si lo comparamos con la actualidad.

¿Qué ha pasado? Nada en particular. No ha existido un meteorito como le pasó a los dinosaurios y tampoco ha existido una pandemia mundial mortal (aparte del COVID-19, muchos años atrás). No ha habido guerra nuclear por una Tercera Guerra Mundial y mucho menos un apocalipsis zombi. Entonces, su pregunta será: ¿Qué pasó? Y la respuesta es: nada en especial.

Lo que pasó es que, cuando se pudo, los humanos no fuimos lo suficientemente responsables y conscientes como para hacer un cambio, porque finalmente las respuestas siempre eran para justificar el no actuar, en vez de hacer algo al respecto: “ya es demasiado tarde”, “lo que yo puedo hacer no es significativo”, “los que se tienen que preocupar son los Estados”, entre otras excusas. Solo respuestas para evadir el hacer algo al respecto. Entonces, ¿qué pasó? Bueno, las aguas se siguieron contaminando, desaparecieron especies de flora y fauna de las aguas, las temperaturas aumentaron, se derritieron los hielos, se inundaron lugares y otros se secaron, haciendo toda la situación totalmente irreparable. El agua, como se conocía, se volvió escasa. O sea, escasa en su nivel puro, admirable y consumible, pues hay agua, pero totalmente letal para cualquier ser vivo, repletas de toxinas. Solo vive en la memoria, y en las historias, ese color cristalino que reflejaba cielos calipsos. Al humano solo le queda consumir una especie de agua, hecha en laboratorios, que entregan los Estados en pequeñísimas raciones, por lo que se ha convertido en el oro de nuestra época.

Por eso, a ustedes les digo, humanos del 2021: la vida en el 2100 es mucho más compleja de lo que se podrían imaginar y la única forma de evitarlo es que ustedes hagan algo en este momento. No sirven las excusas, se necesita acción.



Agua

Escrito por:
Génesis
Araya

Hace muchos años atrás, en un pequeño y humilde pueblito, muy cerca de la montaña en la cordillera de los Andes, vivía una joven y enamorada pareja. Ellos deseaban con locura ser padres para cuidar y proteger al fruto de su amor. Pasaron un par de años, hasta que la joven pudo embarazarse y dio a luz a una hermosa niña, que llenó sus corazones de alegría, a la cual dieron por nombre “Agua”.

Agua era tan delicada y bella, con unos hermosos ojos cristalinos, una frágil piel de porcelana, una hermosa y larga cabellera de color blanco. Ella era bella y encantadora. Todos la querían: las personas, los animales, ya que siempre buscaba ayudarlos y entregarle su cariño. Bueno, casi todos la querían excepto por Sequía, otra joven del pueblo, que trataba siempre de arruinarle sus días, metiéndose en su vida, para no dejarla ser feliz.

Era tanta su envidia hacia Agua, que un día Sequía buscó una súper bruja para que le hiciera daño. Al día siguiente de que Sequía se reuniera con la bruja, Agua comenzó a sentirse extraña, enferma, decaída, se sentía cada día más débil y adormilada.

Esta extraña enfermedad que la empezó a atacar, la estaba haciendo desaparecer; así se volvió transparente.

Sus padres muy preocupados la cuidaban en extremo, le dedicaban todo el tiempo del mundo para ayudarla. Un día los padres de Agua tuvieron que salir de urgencia, no quedándoles más alternativa que dejarla sola por un par de horas. Fue ahí cuando Sequía, al verlos salir, aprovechó esa oportunidad, entró a la casa y raptó a Agua. Ésta estaba tan débil que no opuso resistencia. Sequía llevó a Agua a la montaña y allí su corazón congeló a Agua.

Al llegar los padres a su hogar, Agua no se encontraba en su habitación. La buscaron desesperadamente, pero no estaba en ninguna parte. Al no encontrar rastro de ella, se culparon por no cuidarla bien y dejarla sola, pero realmente ellos no eran los verdaderos culpables de lo ocurrido.

Agua era muy querida por todos, es por eso que el campo empezó a extrañar su presencia. Los árboles se estaban secando de pena, las aves dejaron de cantar y los animales estaban muriendo al no saber de ella, ni escucharla. Incluso el sol se escondía tras las nubes para que no vieran su tristeza. Era difícil imaginar la vida sin Agua.

Un día, extrañamente el viento corrió las nubes y brilló fuertemente el sol. La nieve de la montaña empezó a derretirse y un rayo de luz llegó al lugar donde Agua estaba congelada como un bloque de hielo, cambiando su forma, pero no su esencia.

Agua lentamente despertó, comenzó a recuperar fuerzas, volvió a su forma humana como pudo y huyó de ese lugar. Con mucho esfuerzo llegó donde sus padres. Todos estaban felices de volverla a ver, de verla bien y a salvo. Fue entonces cuando se dieron cuenta de lo necesaria que es su hija Agua, tanto para ellos, como para todo el mundo, y todo el bien que hace. Es por eso por lo que hay que cuidar de ella y siempre debemos hacer todo lo posible para que nunca nos falte y lograr que no regrese la malvada Sequía a causar daño.



Un queso

Escrito por:
Camilo
Rivera

Cuando era pequeño, en un lugar en medio de los cerros, corría la agüita de las quebradas. Saltaba en los charcos, atrapaba renacuajos y sapos que allí había. También veía los insectos, y alguna que otra culebra nadaba cerca con su cabeza levantada, zigzagueando. Era una infancia tranquila, sin mayor contacto con la urbe que las noticias que emítan las ondas de la radio a pilas de mi abuelo. Hermosas imágenes de árboles vigorosos y muchas cabras.

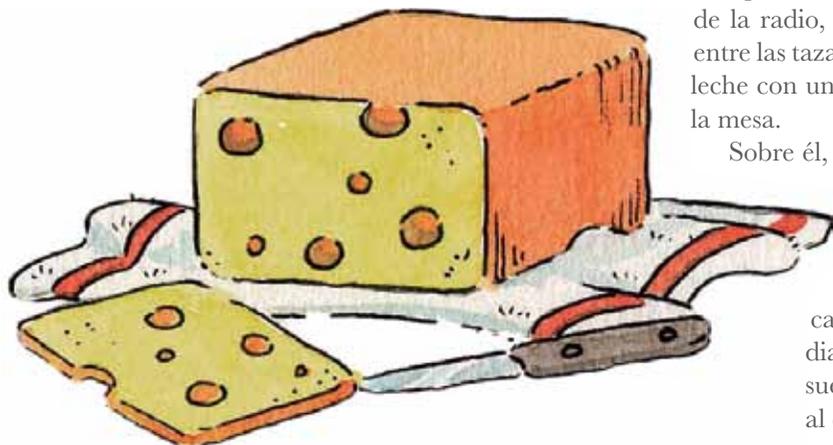
El “quiquiriqui” del gallo indica: amaneció. Me lo confirma el pasear de personas y unos ladridos entusiastas. Algo cae al piso, suena cual costal de papas. Unas pisadas fuertes, un “shhhh”, y más lejano un “¡arre, arre, arre!”. Pasan veinte minutos y ya no hay más que un leve trote que va desapareciendo. Suaves brisas golpean el techo. Ha pasado cerca de hora y media. Ecos de ladridos y de gritos “¡ya!”, “¡corre, corre, corre!”, “¡ataja, ataja, ataja!”, “¡píllalo, píllalo, píllalo!”. Galopes y una estampida. Jadeos y ladridos. La madera cruje por la tierra suelta. Balidos muy fuertes y felices, tanto de las madres como de sus crías. Hay que traer los baldes para la ordeña. Resuena metálicamente el chorro de leche al caer, chapoteando. Una cabra tras otra. Treinta, cincuenta, ochenta cabras. Gota a gota, balido a balido.

El crujido de la puerta. Una estampida, balar eufórico que es silenciado con el sonido de un hambriento mamar, “am, am, am, am”, de pequeñas criaturas que necesitan su alimento vital, mientras que las madres regurgitan y mastican. Quince minutos más, hay que apartar a los bebés. Las puertas crujen nuevamente. Más balidos, más ladridos y más jadeos. El sol está pegando fuerte. Las cabras corren agotadas hacia el pozo de agua, sedientas. Tan pequeño pozo para tan gran ganado. “Glup, glup, glup”, se va secando...

Ya sólo van quedando ecos y el viento acariciando los árboles de quillay. Las cabras se esconden en las quebradas. Cada año menos pasto, cada vez menos agua brotando en pequeñas vertientes. Entre rebuznos, el compañero burro recibe su alimento y sorbetea hasta la última gota de agua que queda... solo barro va quedando. Por mientras, el crepitar de la brasa, el silbido de la tetera hirviendo. Todos mastican, tragan, beben. Té de hierbas, pan con queso. Las noticias

de la radio, alguna risa o un pájaro. El agua escurriendo entre las tazas y los platillos. Se ordena la mesita. Se cuele la leche con un trapo. Se golpea un molde de madera contra la mesa.

Sobre él, otro sonido, un “splash” de masa blanca, presionado mientras el suero escurre y cae en una añosa batea. Se repite el proceso, la masa se vuelve cuadrada. Zumbidos desagradables. Se agrega sal a gusto. Se presiona, caen gotas, caen chorros. Ya son las diez y media de la mañana. Los perros gruñen y beben del suero lechoso. Está listo el quesito, solo un quesito al día.



Cómo se creó el *agua*

Escrito por:
Jean Pierre
Castro

Mención
Honrosa



Había una vez un niño llamado Tomás, el cual se destacaba por ser muy curioso y preocupado por el medioambiente. Él quería saber cómo se creó el agua que todos usamos. Entonces le preguntó a su hermano Juan y él le dijo: “No sé, pregúntales a los papás”.

Entonces el niño fue corriendo a preguntarle a sus padres y dijo: “mamá, ¿cómo se creó el agua?”. A lo que la mamá sorprendida le respondió: “no sé, hijo, pregúntale a tu papá”.

El niño fue corriendo a preguntarle al papá: “papá, ¿cómo se creó el agua?”. A lo que él respondió: “no sé, hijo, pregúntale a tu abuelo”. El niño se fue corriendo y le preguntó al abuelo, a lo que el abuelo muy alegre ante lo dicho por su nieto dijo: “mira, te voy a contar una historia. Toma asiento y escucha con atención”.

“Una vez un niño de un lejano pueblo de Los Andes se pegó en la cabeza y se volvió loco. Él se perdió por un largo tiempo y luego de meses regresó recuperado. Un día el niño tenía mucha sed y no sabía dónde estaba. Sediento fue en busca de algo que aplacara esto que sentía. Comenzó a caminar y de pronto encontró un animal. Era un pequeño perro negro con sus ojos amarillos que agitaba su cola sin parar. El perro también buscaba agua, caminaba cabizbajo buscando algo que calmara esa intensa sed que padecía.

Entonces el niño se hizo amigo del perro. No sabía para donde ir y miró a la criatura que seguía agitando su cola. Sus intensos ojos amarillos lo invitaron a que lo siguiera en su caminar. Se toparon con unas rocas gigantes, se subieron y no vieron nada. Antes de bajarse divisaron unas aves y el niño pensó: si los pájaros van en esa dirección es porque hay algo que nos pueda servir para calmar esta sed. Siguieron su marcha, esperanzados de encontrar la solución al problema que los aquejaba. Recorrieron muchos kilómetros exhaustos bajo el sol abrazador del verano.

No querían seguir caminado, sus pasos eran cada vez más lentos. De repente el perro se cayó a un pantano con tierras movedizas. El niño angustiado buscó una liana y le pidió a su nuevo amigo que con los dientes se sostuviera a ella. El cachorro asintió con su mirada. El niño jaló y jaló, pero el perro era muy pesado. Logró dejarlo amarrado a una palmera mientras él buscó otra liana y le volvió a decir que agarrara la liana con los dientes. Finalmente, el niño lo logró sacar. De sus ojos brotaron lágrimas de emoción, ya que no quería ver morir a tan frágil criatura que en su trayecto le había mostrado gran fidelidad.

Estas lágrimas al caer al agua fueron dando vida a un pequeño riachuelo que con cada lágrima aumentaba más; pero el perro por su parte al ver la reacción de este pequeño niño también comenzó a llorar, ya que nunca nadie la había demostrado tanto amor. Las lágrimas del pequeño y el cachorro dieron origen a un río, ellos se miraron sorprendidos. Se miraron y no dudaron ningún instante en beber su agua.

Hoy en día dicen que la persona que bebe las aguas de este río ubicado cerca de unas montañas de Los Andes le permitirá calmar sus dolencias y encontrar la amistad verdadera. Y colorín colorado este cuento se ha acabado”.

“Guau, abuelo, ¡qué grandiosa historia! Me gustaría ser como ese niño para beber las aguas de ese río y pueda encontrar la amistad verdadera”, dijo Tomás.

“Gracias, nieto, ten por seguro que todos esos animalitos que tienes en tu casa día a día te brindan su amor y amistad verdadera. Siéntete orgulloso mi pequeño niño, cuídalos y protégelos. No olvides día a día darles agua, ya que eso es una parte esencial de la vida. Mañana te contaré otra historia sobre el agua.

Ya es muy tarde tienes que ir a dormir ya que mañana tienes que ir a la escuela. Buenas noches”, contestó el anciano.



Catalizador

Escrito por:
Rocío
Paiva

Como cada día después de trabajar, Juan atravesó la penumbra de la sala de control, casi sin querer levantar la mirada. Era el único de los humanos que tenía permitido estar allí, pero siempre se sentía observado por todos, desde los encargados del aseo, los científicos, los jefes y hasta por quienes venían como turistas. Ese día había pedido permiso para irse temprano. Estaba de cumpleaños.

“¿Me permite un holograma junto a usted?”, dijo un caracol musculoso que sujetaba entre sus manos la Xgt-308, la capturadora de imagen más popular entre los jóvenes, que, por estar hecha de gas, era más liviana que las convencionales.

“Claro, ¿por qué no?”, dijo Juan, incómodo. Se peinó el bigote, aseguró los anteojos y sonriendo falsamente, mostró un gran diente de oro brillante. El caracol lo abrazó y luego de subir el holograma a sus redes sociales, se fue con sus amigos, sin decir adiós.

Unos minutos después, Juan se quitó el traje de plomo y atravesó la puerta de seguridad. Llegó al frontis de la empresa donde, sin demora, metió la mano a su bolsillo, sacó un cigarrillo y lo encendió.

Pensó en su esposa, en todas las veces que con familia y amigos celebraron su cumpleaños con fanshop y torta hecha por su vecina, todo con mucho esfuerzo. Ahora tenía el dinero que hubiera querido antes, pero ya no a sus seres queridos.

Era el tercer cumpleaños así, y aunque ahora tenía amigos, no podía evitar sentir nostalgia por su forma de vida anterior.

De pronto, gotas comenzaron a caer a su alrededor formando una densa lluvia.

Era el exceso de producción de la fábrica. Siempre que sobraba agua, preferían rociarla en los áridos jardines de la empresa, que dársela a los humanos. Así los mantenían trabajando para ellos y conservaban la esperanza de que los jardines se convirtieran en un desierto florido, como aquel que alguna vez vieron cuando visitaron la Tierra.

En su ciclo el agua al evaporarse sube a las nubes, se acumula y luego cae como lluvia en algún lugar quizás lejano al original. Unos adolescentes de la galaxia vecina Andrómeda, habían descubierto que las emociones de los humanos también viajaban, como vibración, salían hacia el espacio y producían fenómenos que incluso podían cambiar el clima, en su mismo planeta u otras veces muy lejos.

En los últimos años en que se habitó la Tierra, los humanos no prestaban atención a sus emociones y tampoco al cambio climático, por lo que estos fenómenos eran cada vez más frecuentes.



En sus vacaciones, algunas personas de Andrómeda visitaban la Tierra para observar humanos y verlos sintiendo emociones. “La cara se les desfigura y de dos ojos les cae agua, profesor”, dijo uno ante el asombro de sus compañeros, en clase.

“¿Has dicho agua? Interesante”, respondió el profesor. “A veces gritan fuerte, se vuelven rojos”, interrumpió otra. “Uno nos vio y se puso a temblar. ¡También vi agua en sus ojos!”, asintió.

“Muy bien chicos”, dijo el profesor y añadió “está bien que observen, pero no hagan desastres. Recuerden que hace un tiempo, los humanos descubrieron una familia nuestra que paseaba por Chernóbil, tuvieron que escapar de emergencia y generaron una explosión. Como saben, estamos interesados en la Tierra porque posee agua, algo que no tenemos. Nuestro gobernador de Galaxia no ha autorizado que conectemos con los terrícolas, antes de establecer un protocolo. Él se ha reunido y negociado con algunos de ellos, para poder obtener agua”.

Más adelante, los intentos diplomáticos fueron hechos por el gobernador de Andrómeda en persona, quien visitó la Tierra con una delegación y se reunió con algunos líderes. Lamentablemente fue descubierto por muchos terrícolas, generando histeria colectiva en todo el planeta. Como predijeron los estudios, el terror produjo cambios climáticos instantáneos, aluviones, tsunamis, huracanes, incluso erupciones. Sólo sobrevivieron pocos humanos. Muy astuto, el gobernador de Andrómeda se ofreció a llevarse a los pocos sobrevivientes, garantizándoles un hogar, alimento y, por supuesto agua, pero tendrían que trabajar para él.

Descubrieron que el cuerpo metálico, poroso y radiactivo de los de Andrómeda, en presencia de los humanos y su energía emocional, era un catalizador perfecto para producir agua, según procedimientos sencillos que ellos habían inventado años atrás.

Última *lágrima*

Escrito por:
Nadia
Noliz

El monstruo Polotus existe desde la creación del universo para los más viejos. Hay otros que señalan que la humanidad dio a luz a este mal, estos no se equivocan del todo. Hay tantas teorías para esta aberración del agua de textura acuosa. Recorre cada lugar y cada rincón buscando curarse de su suciedad. Cree que absorbiendo la vitalidad humana podrá volver a lo que era antes, simple agua; antes de ser profanada por un círculo de personas con una ambición absoluta por volverse los que pudieran tener el monopolio del agua limpia, para así, ser las personas que controlen masas.

Ellos destruyeron gran parte del agua potable, manipulándola con químicos nunca vistos, creando un monstruo con apariencia viva y macabra, algo que no debieron haber hecho si no deseaban su muerte.

Nadie ha tenido la suerte de vivir después de que Polotus atacó. Va lugar tras lugar buscando el agua que recorre por el cuerpo de las personas. Cuando logra atacar a una, se roba toda su esencia vital, satisfaciendo por un rato huyendo del lugar, pero que en realidad no soluciona su suciedad. Cuando absorbe a la persona, a veces esta grita de tanto dolor y deshidratación tras el ataque. Los sonidos fuertes son los que ahuyentan al monstruo.

En solo veinticuatro horas o menos, la persona muere, no de una forma armoniosa. Esta se desvive por delirios, buenos o malos. En esta situación a las familias no les queda otra cosa que rezar. El sujeto que está delirando no sufre dependiendo de su delirio, puede llegar a vivir sus sueños más gloriosos, o los más agresivos. Esto resulta aleatorio y al finalizar el día de alucinación, la persona lo último que hace es despertar sorprendido de que su cuerpo no es ni la mitad de lo que era antes. Es similar a una pasa, con arrugas y disminución de su masa corporal. Polotus absorbe todo su ser. En el último suceso comienza su dolor y fallece dejando una lágrima, siendo esta la última gota de líquido que sale por su cuerpo.

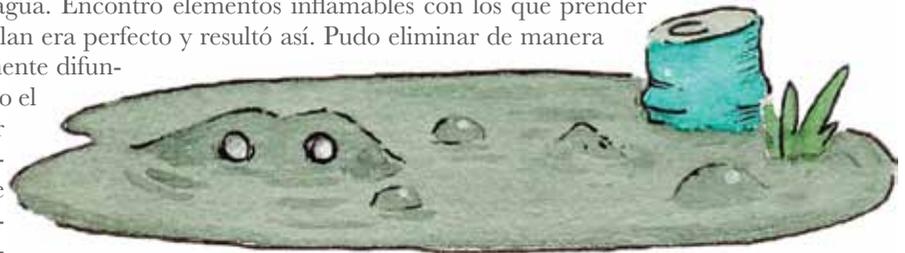
Vitta es una estudiante de ciencias. Su sueño más profundo es ser reconocida por la humanidad, realizando un experimento que pueda ayudar al mundo. Un día haciendo prácticas bioquímicas en el laboratorio de su universidad, encontró a alguien escalofriante. No sabía si lo había visto antes, él sólo le dice que corra.

“¿Por qué debería?”, se preguntó ella. Se dio cuenta en el instante en que vuelve a ver al joven casi desvanecido y delirioso, ella misma piensa que está loca por pensar que Polotus podría estar en un lugar lleno de seguridad y ruido.

Lo que sucedió fue que, para estudios secretos que ya no eran tan secretos, se trajo una parte monstruo para su exterminación. Se salió de las manos, ya que ni siquiera usaron un laboratorio de nivel 4.

Empezó a correr luego de que viera que una pequeña, rápida y oscura solución acuosa la persiguió. Lo único que se le ocurrió fue correr hacia los baños, el único lugar cercano en el que podría esconderse. Llegó de milagro, ya que nunca había sido buena para escapar ni trabajar bajo presión.

Observó todo lo que podía usar para protegerse de Polotus, pensó que si calentaba al monstruo podría evaporarse o debilitarse, ya que era en su mayoría agua. Encontró elementos inflamables con los que prender fuego en el baño, lo tenía todo listo. Su plan era perfecto y resultó así. Pudo eliminar de manera eficaz a Polotus, salió con vida y rápidamente difundió su experimento de vida o muerte. Todo el mundo se enteró de cómo se podía vencer al monstruo que atormentaba a la humanidad. Ella cumplió su sueño. Hasta que despertó, dándose cuenta que de su cuerpo ya no quedaba nada, liberando la última lágrima de su existencia.



Cuestión de *fe*

Escrito por:
Ricardo
Díaz

Mención
Honrosa



Las hojas verdes oscuras y ovaladas del boldo se inclinan por el peso que ejercen las gotas de la reciente camanchaca en lo alto de la montaña que mira hacia el Pacífico. En tanto, un par de kilómetros hacia el interior, un representante de la comunidad agrícola es el encargado de explicar a niños y niñas cómo funcionan los atrapanieblas. Gotas similares a las que caen sobre los bosques endémicos, se desplazan a lo largo de las mallas, luego a través de las canaletas y, finalmente, a un estanque.

Entre quienes oyen sobre el proceso, está Martina de 10 años. Su casa está ubicada en medio de una desértica quebrada, en un pequeño caserío cerca de Ovalle. La construcción de adobe donde habita es de su bisabuelo, quien la construyó con sus propias manos. Los árboles frutales escasean y ella sabe que debe hacer algo. El mes pasado murió su cabra llamada “Copito de nieve”. Alcanzó a durar un par de días, ya que nació desnutrida por la escasa comida que consumió su madre.

Esa tarde, llega entusiasmada y le dice a su hermano Matías, de 13, que la ayude con su proyecto. Sabe que cuenta con él.

Hace un par de meses él le pidió a su papá que construyera un cajón donde ahora cría sus lombrices. El humus que obtiene lo deposita por puñados sobre las hortalizas que él mismo plantó. Martina y Matías le piden a su papá que les consiga los materiales. Él los trae del fundo donde trabaja.

Es sábado por la mañana y los tres emprenden camino hacia lo alto de un cerro cercano. El adulto, con ayuda de los niños, logra instalar la malla, la canaleta y luego el estanque. Martina escucha a su padre decir que la paciencia y el trabajo en equipo son la clave.

Desde lo alto de la colina donde están, ella observa el paisaje ocre y sueña con transformarlo a tonos verdosos, al igual que los dibujos que hace para pasar el aburrimiento de las tardes. Respira profundo. En ese instante, sus ojos cafés y achinados brillan al contemplar una bandada de loros tricahue verdes que parecen, por un par de segundos, materializar su sueño. Sabe que, al menos por ahora, su deseo se cumple en el cielo. Ya será el turno de la tierra.



El guerrero y la gema del agua

Había una vez hace muchos años en un pueblo de bajos recursos, un guerrero muy fuerte y popular por sus actos heroicos.

Un día, un rey que tenía fama de ser muy codicioso y malvado, secuestró a la familia del guerrero para luego chantajearlo con el afán de enviarlo a matar a un dragón del agua que protegía un río que se decía tenía muchas riquezas. El rey le dijo al guerrero: “liberaré a tu mugrosa familia si matas al dragón desagradable y me traes todos los tesoros del río”.

El guerrero asume y emprende viaje hasta el río sin decir una sola palabra. Cuando llega al lugar se encuentra con el dragón de agua, el cual al verlo lo ataca de inmediato. El guerrero reacciona esquivando el ataque. Luego, sin que el dragón se diera cuenta, lo ataca por la espalda y le clava su espada. El dragón ya moribundo y en su último aliento le entrega una preciosa piedra, una gema. El guerrero perplejo la recibe, toma los tesoros del río y emprende su viaje de vuelta. El rey al recibirlo estaba saltando en un pie de felicidad por sus nuevas riquezas. En cuanto termina el trato y con una mirada desagradable, el rey exclama: “¡llévate a tu repugnante familia de aquí!”. El guerrero abraza a su familia y se van a casa.

Pero nadie sabía que el dragón que protegía el río era la misma agua y al pasar los días toda la tierra se empezó a secar. El guerrero no se dio cuenta de la sequía, ya que la gema que le dio el dragón le daba abundancia de agua al lugar en donde estuviera.

Días después, al pueblo del guerrero llegó la noticia de que el mundo estaba en sequía.

El guerrero al darse cuenta de tal situación decidió buscar una solución y se le ocurrió ir al lugar donde mató al dragón y dejar la gema en el lecho del río y así emprendió el viaje a dicho lugar. Guardó la gema consigo y cuando iba recorriendo el camino, los sitios donde pasaba a su alrededor se iban recuperando. Cuando llegó, depositó la gema en el mismo lugar donde había matado al dragón y, de repente, el cielo se nubló. Comenzó a llover y hubo un gran temblor, se abrió una grieta en la tierra y comenzó a brotar mucha agua. El guerrero fue testigo de ese tan magnífico espectáculo y así el mundo recuperó el agua y todo volvió a ser como antes y, de paso, también se inundó el palacio del codicioso rey.



Parece un cuento

Escrito por:
María Iris
Guiñez

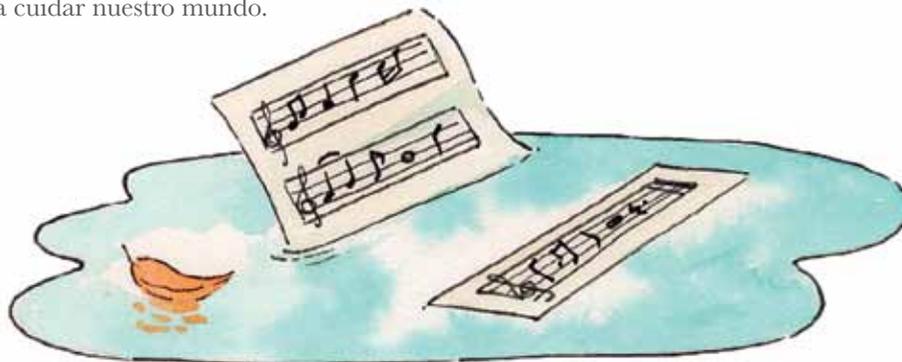
Hace mucho tiempo atrás, un viejo y hermoso zorzal contemplaba su mundo desde lo más alto de su árbol amado, en medio del bosque triste. Igual que el bosque, moría lentamente y sus plumas ya no brillaban. Cada día perdía de a una en una. Ya no quería entonar sus canciones. Su mundo no era el mismo que recordaba. Cerraba sus ojos y parecía ver flores de múltiples colores, lluvia fresca que bañaba su plumaje y el arcoíris que lo embellecía todo aún más. Ahora solo había hierbas secas y hasta el follaje de los árboles estaban cubiertos de polvo, y el aroma no era agradable como cuando él era cantor.

Un día soñó que la tierra le hablaba y le suplicaba que le pidiera al sol que no le lastimara más. La superficie estaba quebradiza y con grandes surcos que parecían cicatrices. Estaba tan seca que, desde su corazón en el centro de ella, clamaba para que todos los que la habitaban sintieran compasión y terminara la crueldad. Todo parecía tan triste y sin vida que hasta el riachuelo que corría y brincaba por el bosque se había secado. Ya su mundo no era el mismo.

Entonces este zorzal que estaba triste y sin fuerzas recobró su energía, se llenó de vitalidad. El sueño lo había inspirado a hacer algo para ayudar a la tierra y a su amado bosque. Entonces decidió reunir a todas las aves y crear una melodía que todo el que la escuchara se conmoviera y despertara de su inconsciencia, y sintiera ganas de hacer algo para reconstruir y cuidar su mundo.

Todas las aves se transmitieron el mensaje y empezaron a entonar las mejores melodías. Los hombres al escucharlas al igual que todos los seres vivos, al oír las melodías, se conmovían en lo más profundo y sentían ganas de hacer cosas nuevas, y se inundaban de buenas ideas para cuidar la tierra. Más que todo, proteger el agua, que era lo que más pedía la tierra. Esta melodía inundaba los corazones con amor y se esparcía como magia. Para nadie era indiferente. La tierra lo sentía y lo contemplaba con emoción.

Esta magia se esparcía de corazón a corazón, era como niebla que humedecía todo lo que tocaba: las hojas, la hierba seca, todo amanecía con gotas de rocío, y humedecía y refrescaba la tierra con ternura. Entonces las aves se comprometieron a no dejar de entonar sus melodías. Querían que el riachuelo que brincaba por el bosque volviera y cantaban cada vez con más fuerzas. Y nosotros, si ponemos atención, escucharemos esos bellos cantos y nos comprometeremos como las aves a cuidar nuestro mundo.



De ríos a piscina

Escrito por:
Jaime
Contreras

Mención
Honrosa



Año 1963.

Y ahí estábamos, en frente a nuestra casa, Almagro 1580, ojo al charqui (observando). Si no estaba la mamá en la puerta, partíamos con Ricardo, mi hermano, y unos cuantos amigos de barrio, corriendo a lo que más podíamos en dirección al río Quilque a un kilómetro de nuestra partida, por huellas peatonales, lo que hoy es la calle Guillermo Marconi, cruzando alambradas divisorias de potreros y de repente haciendo el quite a animales en pastoreo. No existían las poblaciones Endesa, Clara de Godoy, Villa España y otras aledañas.

Rápidamente nos empiluchábamos, un piquero y la zambullida en el agua. Cruzar el río de ida y vuelta, colocarse la ropita y correr y correr de regreso a nuestro lugar habitual de juegos, frente a nuestras casas. Ricardo tenía 7 años y yo 10, éramos unos niños.

Año 1970.

Ítalo, Pedrito, Richi, Joel, Osvaldo y unos cuantos más amigotes del barrio corríamos, pero ahora en nuestra calidad de más grandes hasta el río Rarincó, ya sea por el lado de la carretera, hoy Avenida Las Industrias, o por el camino a Santa Clara, ¡ah!, y sin parar. En distancia es aproximadamente 6 kilómetros, por ambos lados.

Llegando al río, ropita afuera, toda mojada por la transpiración. La bañada correspondiente que esta vez no solo era un piquero, sino que nadar un rato. Luego un descanso y comer colación que en lo normal era un pedazo de pan con agüita del río, por su puesto y, de vuelta a casa al trote de nuevo. Competencia que siempre el ganador era Ítalo (nota: Ítalo era un niño de 14 años, alto y delgado como él solo).

Pero claro, también íbamos a bañarnos a estos parajes y a otros, con la familia en patota. Como no teníamos movilización, simplemente lo hacíamos caminando. Partíamos en la mañana llevando todo lo necesario, tales como ollas, tetera, platos, toallas, trajes de baño, los que tenían, y todo lo necesario para disfrutar bañándonos, comiendo, jugando y algunos durmiendo una pequeña siestecita. Quien hacía cabeza de estas peregrinaciones, era nuestra mamá.

Al río Laja.

Siendo ya más lolos, quisimos conocer otros lugares y basado en la amistad con vecinos de nuestra edad y sus padres correspondientes, sin querer queriendo, fuimos a la famosa “playita”, lugar ubicado al oriente del salto del río Laja, en el mismo río Laja. ¿Y con quién fuimos? Con los Zabala, familia que poseían entre otros bienes, un autobús.

Que tremendas pichangas jugábamos, tanto en la mañana como en la tarde y algunos a cuerito y a patita pelá, no importando las altas temperaturas. Total, estábamos al lado del río, listo a recibirnos en su fresca agüita. En estos tiempos el sol no quemaba y los más chicos, sobrinos y hermanos menores, se entretenían jugando y bañándose en la orilla del río.

Año 1994.

Mejorada la situación económica familiar, se opta y logra adquirir un campito y que acertadamente se denominó “El Encuentro”, lugar en que seguimos disfrutando en nuestra ya numerosa familia.

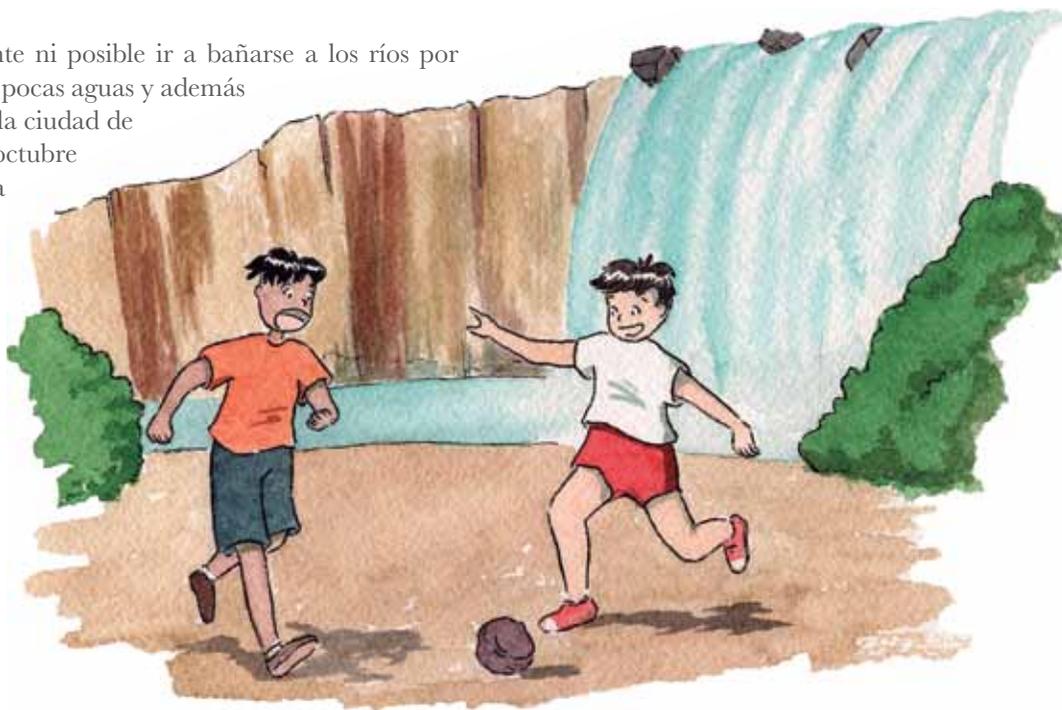
¿Dónde bañarse? En el estero Curanadú, emplazado en el límite norte de “El Encuentro”. Como el estero tiene poca profundidad, se opta por comprar sacos, rellenarlos con arena y construir un tranque en mismo estero con lo cual lográbamos bañarnos los grandes y chicos, incluso realizando los concebidos piqueros.

Pero había un problema. Las aguas arrastraban mucho material de tierra fina, o sea sedimentos, objetos extraños al medio acuífero como bolsas plásticas y otros, y también empezamos a percibir males olores. Basado en lo anterior, se opta por construir una piscina, elemento que hoy se disfruta.

En este tiempo, Ricardo tiene 63 años y el suscrito 68 años y todavía nos damos los famosos piqueros, claro está que ahora en piscina, como nos cambia la vida.

Nota final:

Hoy no es conveniente ni posible ir a bañarse a los ríos por motivos que transportan pocas aguas y además están contaminadas. En la ciudad de Los Ángeles a 02 de octubre del 2021, se realizó una protesta pública, debido a los abusos y explotación indebida de los ríos Huaqui y Curanadú.



La princesa Sol y la luna mágica

Escrito por:
Martina
Núñez

Había una vez una princesa llamada Sol, que vivía en una casa en el árbol al frente de una laguna mágica en el bosque encantado. Sol siempre iba al bosque a buscar guindas, manzanas rojas y agua a la laguna mágica. Mientras buscaba guindas, se le acercó un pajarito azul que cantaba sobre el agua mágica y ella le preguntó por qué pasaba tanto tiempo en la laguna mágica. A lo que él le respondió que el agua de la laguna mágica le daba muchas ideas para crear un sinfín de canciones y así poder cantarle al bosque encantado. Después de ese encuentro, ellos se hicieron muy buenos amigos.

Tiempo después apareció por el lugar un cazador que le gustaba coleccionar aves de todo tipo y la princesa se encontró con él y le preguntó qué hacía por aquel lugar. El cazador le respondió que andaba en busca de aves para coleccionarlas. Ella se enojó muchísimo ante tal comentario, pues podía cazar a su amigo el pajarito azul y se sentiría muy triste si eso ocurría. Entonces Sol pensó en un plan para poder salvar a su amigo y además liberar a las otras aves atrapadas por el cazador.

Primero fue al lago mágico para sacar un poco de agua, guardarla y además pedir un deseo. El deseo era convencer al cazador de que lo que hacía era malo y obligarlo a que dijera en qué lugar estaban las aves que había atrapado antes. Después de pedir ese deseo apareció el cazador en el bosque que andaba en busca del pajarito azul y ella le dijo que no cazara a su amigo, porque él no merecía estar encerrado como los demás pajaritos.

El cazador se enojó por lo que le dijo la princesa y se dio la vuelta sin hacerle caso. En eso, ella le tira el agua mágica y se hizo realidad su deseo. Después de todo lo que sucedió, finalmente la princesa pudo cambiarle los pensamientos malos al cazador sobre capturar aves. Y es así como todos los habitantes en el bosque encantado donde vivía la princesa Sol años después hicieron una estatua frente al lago en conmemoración de la libertad del pajarito azul y las otras aves.



Mi reserva

Escrito por:
Karen
Mennickent

Reservar: 1. f. Guarda o custodia que se hace de algo, o prevención de ello para que sirva a su tiempo.

- ¡Estoy chata! ¿Cuánto falta? –

La mochila con todos los tarros de comida, el saco, la carpa y caminar y caminar kilómetros infinitos, con alguna pausa para tomar agua de las vertientes. Sin duda el paisaje era hermoso, pero el cansancio opacaba el majestuoso momento.

- Ya deja de quejarte, ¡falta caleta! - Paula era la más aguerrida. Años de scout la tenían acostumbrada a largas caminatas y no ceder al agotamiento.

- ¡Todo valdrá la pena! - Y nos sacaba una sonrisa a medias. Algo removía, algo contagiaba...pero ni tanto tampoco.

Éramos cinco zombis hambrientos, sedientos, cansados y ¡súper cochinos! Patitas hinchadas, pancitas vacías, ropa maloliente. Sólo queríamos llegar y refrescar nuestros cuerpecitos, por favor.

Fue un día entero. ¡Un día entero! Los que han hecho estas aventuras mochileras lo entienden ¿no? Pero por fin, por fiiiin, la vimos: la entrada, la cima, la victoria ¡El premio! Sacamos las últimas fuerzas guardadas y subimos ese par de cuadras que parecieron eternas. Era ¡MA RA VI LLO SO!

Todo verde, verde oscuro, verde claro, verde olivo, verde pasto... y una cabañita donde moraba el guardabosques que nos recibió muy amistoso.

- ¡Hola! ¡Bienvenidos! Tienen que pasar a escribir sus nombres y cancelar. ¿Cuánto piensan quedarse?

¡Auch! Entré y me senté a escribir mi nombre, mientras me sentía completamente miserable por mi aspecto, pero más que nada ¡por mi olor! ¡Debo haber olido a diantres! Pero mi mente me tranquilizaba. - “debe estar acostumbrado” - pensaba...

Cada uno dejó registrado sus datos y nos fuimos a dejar las cosas al sitio.

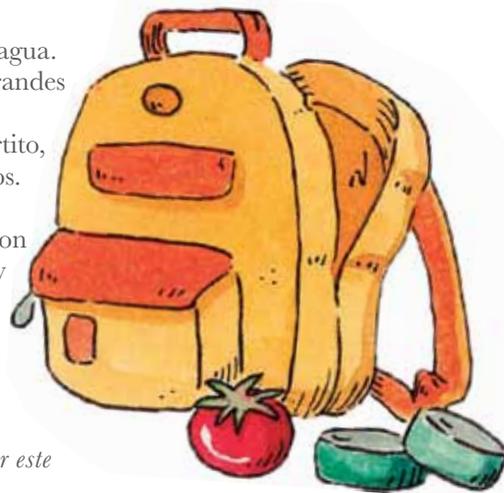
Rapidito, todas tiradas no más, lo único que queríamos era lanzarnos al agua.

Y era tal cual nos habían dicho: ¡HERMOSA! Rodeada de montañas, grandes pozones de agua cristalina alimentados por el río Relbún.

- ¡¡¡Al aguaaaaa!!! – Todos gritamos, reímos, hicimos chapuzones, el muertito, la bolla. Y ahí estuvimos por horas, hasta que los dedos quedaron arrugaditos.

Qué relax...

Y ese silencio después, cuando cae la tarde y tu alma se siente conectada con toda esa majestuosidad... viendo como la corriente se mete entre mis pies y escuchas el canto del río mientras recoges piedrecitas mojadas que se tiñen de distintos colores. Y me las guardo, porque siempre traigo a casa “mis tesoros”, piedras, ramitas, palitos secos... mis reservas, esas cositas que guardo para que me ayuden a no olvidar lo importante.



PD. No sabía si dar datos. Me inquieta pensar que puede ir mucha gente y no cuidar este lugar. Pero confiaré. Todos debemos cuidar, “reservar” estos espacios, con respeto.

Reserva Ñuble, Región de Ñuble, comuna de Pinto.

¿Dónde está el *agua*?

Escrito por:
Cristián
Cortés

Mención
Honrosa



Más allá de las definiciones clásicas del elemento agua y de lo importante que es para la vida, animal, vegetal, para el ecosistema, el medio ambiente, etc. Quisiera observar y reflexionar cómo estamos en contacto con el agua en la vida diaria, en las actividades domésticas, en los procesos productivos, en la salud, en el trabajo, etc.

El agua está en todas partes, en todo lugar, a toda hora y en toda circunstancia. Desde ya antes de nacer estamos en contacto con el agua que está presente en el líquido amniótico del vientre materno. Nacemos, vivimos, crecemos, nos desarrollamos, nos reproducimos, y estamos en contacto con el agua, y creo que, sólo cuando nos vamos de este mundo nos desconectamos del agua.

Usamos agua para lavarnos la cara cada día, para beber un exquisito y refrescante vaso de agua. Para bañarnos, para lavarnos los dientes después de cada comida, al igual que para lavarnos las manos a diario, para eliminar nuestros residuos biológicos usamos agua que se va por el sistema de aguas servidas.

Para eliminar toxinas del cuerpo se hace a través del agua en la orina. Para eliminar el calor cuando hacemos ejercicios o en un día caluroso, evaporamos agua a través de la transpiración. También el agua está presente en nuestras lágrimas de tristeza, penas, alegrías, o felicidad.

Para alimentarnos usamos el agua, para cocinar los diversos alimentos, para cocer las verduras o para hacer pan utilizamos el agua. También para hacer un jugo, tomar un té o un café. Todos los alimentos ya contienen agua, las frutas, las verduras, las carnes, los cereales, las manzanas, las frutillas, la sandía, el melón, las lechugas, las papas, la espinaca, las carnes, el pescado, el huevo, las almendras, las nueces, etc. El agua también está presente en las bebidas que consumimos en las celebraciones, cervezas, vinos, destilados, etc.

Me traslado en un automóvil o autobús, cuyo motor usa agua para refrigerar y mantener la temperatura, los más modernos para el aire acondicionado, y los eléctricos para producir hidrógeno que luego se usa como combustible. Para lavar el auto usamos agua, agua que también usa el limpia parabrisas. Usamos agua para regar nuestras plantas de interior y de los jardines, para regar el pasto del condominio, edificios, plazas y parques.

El agua está presente en la naturaleza, en los océanos, en el mar, en un río, en un lago, como agua subterránea, en la humedad del aire, en las nubes, en las aguas termales, en el vapor de los géiseres, como nieve en las montañas, como hielo en los glaciares, en la lluvia, en la garúa, en la niebla, en el granizo y en la nieve.

Así como el agua es vida, también es destructiva cuando está presente en las catástrofes naturales, como en un terremoto, en un aluvión, o en inundaciones debido a intensas lluvias. También está relacionada con accidentes cuando alguien se quema con agua caliente o hirviendo, y con la muerte cuando alguien se ahoga en un río, en el mar o en un lago.

Aun así, el agua nos ayuda, cuando los bomberos apagan un incendio de una casa, un edificio, un vehículo, o limpian un derrame de un contaminante, etc. Cuando las brigadas apagan un incendio forestal y cuando es arrojada desde aviones y helicópteros.

Y el agua está presente en todo tipo de industrias, fábricas y empresas. En las calderas para generar vapor, producir alimentos, como ayudante para refrigerar y congelar. En la generación de energía hidroeléctrica. En la industria minera metálica para el transporte, extracción, selección y concentración de los minerales, en los procesos de lixiviación y flotación, y para descartar lo no utilizado, en los relaves. En la industria minera no metálica, instalada en los salares para la extracción de potasio, litio, y otros elementos y sales.

Finalmente decir que la molécula de agua es extraordinaria, estructurada por tres átomos, dos de hidrógeno y uno de oxígeno y, a pesar de su bajo peso molecular, se mantiene líquida a temperatura ambiente, gracias a los maravillosos puentes de hidrógeno. Faltarían miles de palabras más para describir el elemento agua y para describir y nombrar todos los lugares donde puede estar.



Los Dioses del agua

Escrito por:
Camila
López

Hace mucho tiempo atrás en la tierra no había nada, solo niebla. Pero un día de repente aparece un ser extraño, una diosa hermosa de color celeste como el cielo, que comenzó a derramar gotas de sus manos. Una, dos, tres gotas, luego fueron miles de gotas que se convirtieron en lluvia, una fuerte y duradera lluvia.

Tanto llovió que parte de la tierra comenzó a hundirse y fueron apareciendo cristales de sal, que al mezclarse con el agua se fueron disolviendo y creando inmensos mares y océanos. La diosa, entusiasmada al ver su creación, ahora comenzó a crear peces y criaturas marinas también. Y en eso estaba cuando, de la nada, apareció otro ser extraño más grande y poderoso que ella.

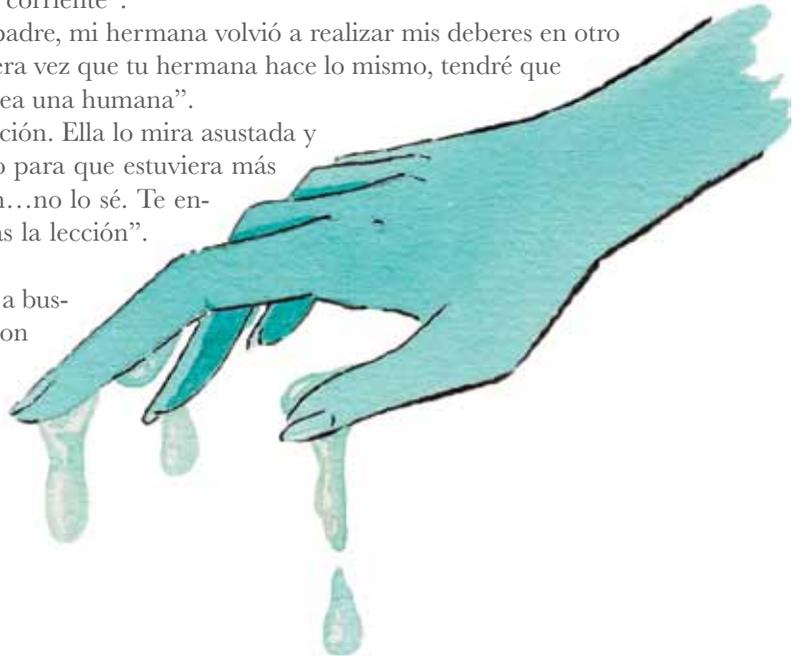
Era su hermano, el dios de las criaturas. Lo miró asombrada y le dijo: “hermano ¿qué haces aquí?”. Él también la miró y furioso le dijo: “tu labor aquí es derramar abundante agua y no crear criaturas marinas. Lo de las criaturas es mi labor”. Y luego, más enojado aún, agrega diciendo: “le diré a papá que te quite los poderes, pues no estás haciendo bien tu trabajo”.

La diosa asustada le contesta: “no, por favor, espera. No le digas nada a papá. Solo quería ayudarte con tus deberes para que no tuvieras que preocuparte por este planeta y así puedas estar tranquilo con tu novia”. Él le responde: “no te creo. Siempre andas mintiendo con tus deberes. Le diré a papá todo lo que has hecho, que te quite los poderes, te baje a la tierra y te convierta en una humana común y corriente”.

El hermano vuela donde su padre y le dice: “padre, mi hermana volvió a realizar mis deberes en otro planeta”. El padre lo mira y responde: “es la tercera vez que tu hermana hace lo mismo, tendré que expulsarla del cielo y bajarla a la tierra para que sea una humana”.

El padre llama a la diosa y le pide una explicación. Ella lo mira asustada y le dice: “padre, solo quería ayudar a mi hermano para que estuviera más tiempo con su novia”. El padre responde: “mmm...no lo sé. Te enviaré a la tierra por un tiempo para que aprendas la lección”. Ella responde: “ok, papá, lo haré”.

Pasan algunos meses y el padre baja a la tierra a buscar a su hija, pero con tal asombro la encuentra con un chico. Ella ve a su padre, corre a abrazarlo y le cuenta todo. El padre al ver la situación le pregunta si quiere convertir a su novio en un dios y su hija le responde con un rotundo sí. Entonces el padre convierte al novio humano en un nuevo dios, el dios de la naturaleza y así entre todos, hasta el día de hoy en este maravilloso romance, cuidan a este hermoso planeta llamado Tierra.



Los cisnes y el río

Escrito por:
José
Venegas

Juanito estaba contento, le habían comprado la bicicleta que deseaba y, además, desde que su padre fue contratado en la nueva fábrica de celulosa, con un buen sueldo y otras regalías, en su familia había un ambiente alegre y de esperanza de un mejor pasar.

En realidad, corrían nuevos aires en la zona: trabajadores mejor remunerados, menos cesantes, además el comercio y el transporte se habían activado.

De excursión en su bicicleta, Juanito y sus amigos llegaron a los humedales, lugar llamado santuario de la naturaleza y tras cruzar un cerco de alambre de púas se dispersaron en busca de frutos silvestres. Juanito en su marcha a campo traviesa llegó hasta donde primero el suelo estaba húmedo y luego fangoso. Avanzó cuanto pudo evitando mojarse los pies. En ese lugar el río atravesaba el humedal.

Juanito gozaba mirando las distintas aves que revoloteaban por el lugar, pero especialmente aquellas que con elegancia se desplazaban sobre el agua como pequeñas naves fantásticas. De la variedad de aves sus preferidas eran esas, los cisnes de cuello negro, que en gran cantidad habían hecho del lugar su hábitat natural. Al llamado de sus amigos, inició el regreso a casa.

Varias veces, al no tener compañía, hacía la excursión solo y en uno de estos paseos le pareció que la cantidad de cisnes había disminuido. Pero su sorpresa fue mayor cuando en otro viaje, entre la vegetación acuática encontró un cisne muerto. La pena se dibujó en sus ojos marrones.

En cada paseo al lugar le parecía que la población de cisnes seguía disminuyendo, y en el viaje siguiente vio a unos hombres en un bote recogiendo el cadáver de un cisne y a bordo divisó el plumaje de otro.

Regresó a casa muy triste y al contar el hecho, su padre, algo molesto, dijo que estaban culpando a la fábrica de lo que ocurría con los cisnes.

En la escuela, comentando la mortandad de los cisnes, el profesor de ciencias dijo que desde la planta de celulosa se vierten al río los residuos industriales líquidos, contaminando las algas que alimentan a las aves y por ello terminan envenenadas. Agregó que una organización ecologista estaba solicitando a la autoridad el cierre de la fábrica responsable.

Juanito quedó muy preocupado, para él la desgracia era doble. Por un lado, los cisnes estaban desapareciendo y por el otro, su padre quedaría cesante.



Al contar en su casa lo dicho por el profesor, su padre le respondió: “siempre hay gente alarmista, en la empresa nos han dicho que estemos tranquilos, pues debemos saber que como política empresarial siempre se han preocupado de hacer una buena gestión ambiental; se hace un tratamiento adecuado a los residuos líquidos, aminorando el impacto en el medio ambiente y que en realidad no se sabe qué pasa con esas aves”.

Con el paso del tiempo, Juanito vio con desconsuelo que ya no quedaban cisnes. El paisaje y el río no eran lo mismo. “Ahora son los cisnes, mañana qué otro animal desaparecerá”, meditaba con tristeza. Cuando de pronto sintió un aleteo tras los juncos y vio cinco cisnes alzando el vuelo hasta perderse más allá de una arboleda. Era una despedida con un mensaje inefable de los últimos cisnes a su amigo. Unos nubarrones y una leve llovizna inundaron los ojos de Juan.



Raen

Escrito por:
Iris
Quevedo

Segundo
Lugar



Se cumplía una década de sequía, y yo celebraba mis 17 años. Mis hermanos mayores hicieron lo posible para que aquello pareciera una fiesta. Consiguieron verduras con la Srta. Mirta, un par de berenjenas y unas cuantas hojas de acelga, y un bracero para asarlas.

El padre de la Srta. Mirta tenía un gran higüero que quedaba a un kilómetro de nuestro hogar. Era un árbol hermoso y gigante. Mis hermanos adoraban sus frutos y cada tanto iban a robar algunos. Ese día mi hermano mayor apareció con cinco, uno para cada uno.

Estaba la cena lista, plato fuerte, postre y para beber teníamos la cuota de agua que nos daba el gobierno y que cumplía estrictamente los requisitos diarios para asegurar la sobrevivencia.

Detestaba tanto esa agua turbia con sabor a cloro. Mis hermanos me decían que era lo mejor a lo que podíamos optar, pero yo recordaba el agua de una manera tan distinta. Mis mejores momentos siempre estuvieron relacionados con ella, o al menos hasta los siete años. Desde allí mis peores recuerdos también le pertenecían.

Los cinco estábamos emocionados por ese día. Los 17 años de mis hermanos no pudimos celebrarlos, porque los conflictos por el agua estaban en su peor momento. Pero ese día era distinto, los científicos pudieron al fin pronosticar una lluvia. Quedaban tres meses y todos estaban tranquilos, a la espera de ese milagro.

Ya nos habíamos resignado a tomar la cuota de agua de aquel día, sin más opciones que beberla de esa ridícula bolsa en la que era entregada, cuando uno de mis hermanos encontró la caja que buscábamos desde hace semanas. Allí estaban las copas de vino que usaban nuestros padres para ocasiones especiales.

Ya no tenían la transparencia que recordaba, pero bastaban para tener una cena elegante como en las fotografías de aquellas revistas que conservábamos. Solo una de las copas tenía una pequeña fisura, pero como eran seis alcanzaban perfectamente una para cada uno.

Pusimos la cena en los grandes platos de greda personalizados que hacía tía Sara. El mío tenía una nube dibujada con cinco gotas de lluvia. Acomodamos las “berenjenas asadas sobre una cama de acelgas”, como decían mis hermanos imitando la forma de hablar de los chefs que tanto daban gracia a papá.

Mi corazón no podía más de felicidad. Todos actuábamos replicando las posturas de esas viejas fotografías. Levantamos nuestro dedo meñique al sostener la copa, reímos cubriéndonos la boca vergonzosamente e incluso dejamos un pequeño trozo de berenjena en nuestros platos porque según nuestra madre era de buena educación. Reímos mucho aquella tarde, como no lo hacíamos en años. Recuerdo la cara de cada uno de mis hermanos, sus sonrisas, sus gestos, sus lágrimas.

No pudimos evitarlo. Recordamos muchas cosas, a nuestros padres y viajes a la laguna en el campo de los tíos. Las tardes que pasábamos sentados “pescando”, aunque nunca logramos capturar nada. Los saltos desde la roca más alta, que al parecer tenía solo dos metros de altura, pero para nosotros era la más grande del mundo. Reímos con las historias que solo recordaban mis hermanos mayores y lloramos con las memorias entrecortadas que teníamos los más pequeños.

Y el agua, el agua siempre estuvo presente en esos recuerdos. En aquellos recuerdos no podíamos imaginar un mundo sin ella, era imposible. Así como en ese momento, en esa antigua casa de greda no podíamos imaginar un mundo cubierto de agua otra vez.

Las lágrimas cubrían nuestras mejillas mientras afuera la lluvia comenzaba a bañar nuestras ropas tendidas. Después de eso solo recuerdo el miedo y a mis hermanos gritando mi nombre: “¡Raen, Raen!”, mientras la corriente los arrastraba.

Hoy cumpla 27 años y ha pasado una década desde ese maldito día. Vivimos en canoas sobre esta laguna que antes fue mi hogar. A lo lejos aún puedo ver la punta del higüero que me atrapó y sostuvo hasta que el rescate llegó.

El agua es *vida*

Escrito por:
Oscar
Ulloa

Mención
Honrosa



Una molécula llamada H₂O se encontraba hibernando junto a miles de moléculas, en lo más alto de la cordillera. Su vida era fría y sólida en las alturas. En el valle vivían muchas personas, que las miraban con envidia pensando cómo les gustaría jugar y tirarse la nieve o hacer “monos de nieve”.

Un día H₂O sintió que se movía, empezó a dar saltos de alegría, bajaba cantando entre las piedras, ahora corría y escurría. La gente del valle con temor decía, “parece cierto lo del cambio climático, se nos derriten los hielos eternos, nos estamos quedando sin nieve, tenemos que hacer algo o nos quedaremos sin agua.”

Mientras H₂O bajaba, se agregaban más y más moléculas transformándose este conjunto en lo que llamamos agua, muchas piedras la acompañaban, ahora el agua ya no era cristalina. Todos corrían hacia aguas abajo, algunas gotas tuvieron la suerte de juntarse en lagunas y lagos, otras se escondieron bajo tierra y las menos afortunadas fueron atrapadas por el hombre. Estos las condujeron por tuberías hasta un lugar donde las juntaban y las separaban de las piedrecillas. La gente de la ciudad las bebía y decían, “el agua es vida”.

Después de haber sido utilizado por la gente, H₂O se sintió sucio, ahora tenía olor, que antes no conocía. Todos llegaron a unas plantas depuradoras, donde las trataban y les recuperaban la vida. Volvían a correr por los cauces, algunas moléculas eran atrapadas por los árboles y plantas, así todos los vegetales crecían y la gente los comía. Otra vez H₂O escuchaba “el agua es vida”. Otras se acumularon en charcos, lagunas y lagos, algunas llegaron más lejos y fueron a parar al mar, ahí en la superficie del agua, sentían un calorcito que los transformaban en gas.

Al igual que el agua, la gente también disfruta el calorcito del día, ya que ese vapor de agua también es vida, de otro modo la tierra sería muy fría. Ahora las moléculas son livianas, pueden volar, el viento las eleva y traslada, se juntan en nubes, algunas son blancas y otras oscuras, el viento sopla y sopla, hasta que de pronto H₂O empieza a sentir frío, se siente pesado y cae en la cordillera.

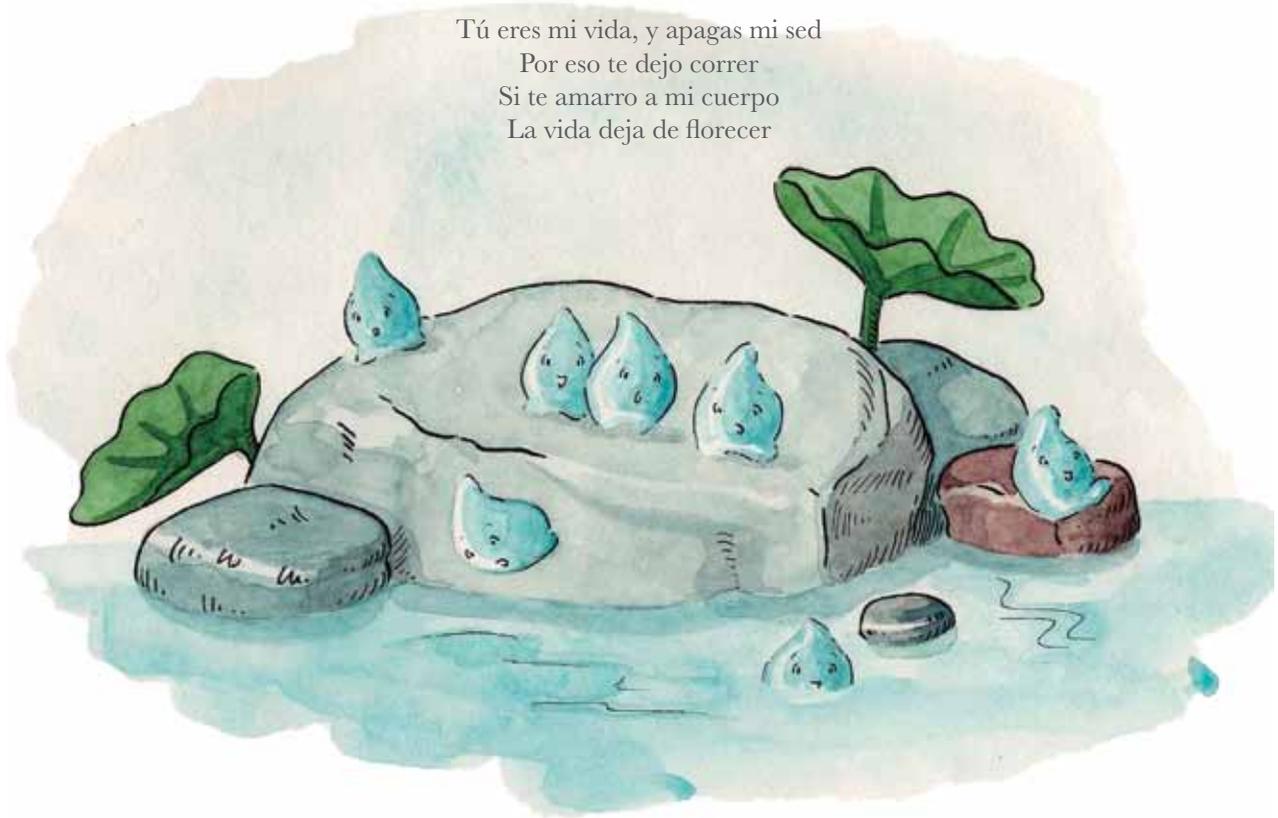
¿Qué pasó con aquellas moléculas que se escondieron bajo tierra? Algunas se durmieron y quedaron escondidas, otras más audaces buscaron una salida. Como bajo tierra no hay luz, las moléculas más inquietas llegaron a las rocas profundas, se apoyaron en ella y como si fuera un tobogán, por ahí se movían. Las que tuvieron más suerte por el suelo aparecen, la gente les llama vertientes y esa agua beben.

¿Por qué la gente, le teme al cambio climático? Porque el calor, derrite la nieve y todas las moléculas desaparecen, algunos como gases se pierden. En otros casos, al caer como agua, todas las gotas en grandes cantidades corren golpeando piedras que también se mueven, todos bajan unidos, forman un barro espeso, grandes rocas chapotean divertidas, todos bajan en estampida, la tierra ruge y vibra, el alud aplasta todo lo que a su paso encuentra. Es una forma de protesta de la naturaleza, que ve como la actividad industrial del hombre la hiere y reseca.

Naces pura de la nieve
Corres en tropel
Si te abrazo te escapabas
Por eso te bebo con placer

No te culpo que arranques
Porque te quiero tener
Eres pura y cristalina
Virtud que no quieres perder

Tú eres mi vida, y apagas mi sed
Por eso te dejo correr
Si te amarro a mi cuerpo
La vida deja de florecer



Rain, el dragón del agua

Escrito por:
Alfonso
Bonilla

Había una vez un padre y dos hijos dragones, ellos vivían en un gran desierto. El padre de los dragones se llamaba Rock. Era robusto, grande y de color café oscuro. El mayor de sus hijos, Buck, era grueso, no tan fuerte, de color rojizo, pero de carácter explosivo y el menor de sus hijos era Rain, quien era lo contrario a su hermano mayor: delgado, algo débil, de color azul y muy tímido. Todos tenían algo en común “un gran poder”, Rock la tierra, Buck el fuego y Rain el agua. Rock con su gran fuerza creaba grandes montañas, pero Buck su hijo las destruía, ya que él se sentía celoso de los poderes de su padre y hermano.

Un día Rain creó algo que le dio vida a una parte de ese desierto. Vio un pequeño agujero en la arena, le puso un poco de agua para ver qué pasaba y al cabo de un día volvió al lugar y notó una mancha verde. Entonces perforó y perforó creando así un gran agujero que llenó de agua.

Pasaron los días y volvió, tal fue su sorpresa que ahora encontró un oasis, con grandes palmeras y agua, mucha agua. Llamó a su padre y a su hermano para que vieran la hermosa creación. El padre muy orgulloso le dijo: “hijo, lo que has hecho es ¡muy bello! estoy orgulloso de ti”. Esas palabras hicieron que Rain se pusiera muy feliz, pero su hermano Buck, con sus celos, se enojó bastante activando su fuego destructivo, quemando y secando todo el maravilloso oasis.

Rain viendo lo que su hermano había hecho quiso detenerlo y le lanzó un gran chorro de agua, diciéndole: “hermano, ¿qué estás haciendo?”. Buck furioso le responde con una gran llamarada, ocasionando entre ellos un conflicto de proporciones. Su padre interviene en el acto, pero eso enfureció más a Buck transformándose en un gran dragón que arroja lava.

El padre intenta detenerlo nuevamente, pero sale lastimado. Esto ocasiona que Rain, el hijo menor, se transforme en una gran serpiente marina, lanzando un gigantesco chorro de agua a su hermano, pero este nuevamente responde con una nueva llamarada, causando una gran nube negra. No se podía ver nada. Entonces Rain aprovecha ese momento para hablar: “hermano, ¿no ves lo que has hecho?”. Buck se ríe, pero Rain se da cuenta de algo. Ese ser con el que está luchando no era su hermano sino una criatura feroz y hostil. De pronto oyó la voz de su padre diciendo: “hijo, solo hay una forma de derrotarlo. Tenemos que fusionarnos”. Entonces los dos se fusionan y de un gran golpe lo derrotan.

Pasó un tiempo, Rock el padre y Rain su hijo buscaban a Buck, cuando de pronto vieron una lejana luz. Era Buck, pero distinto. Ahora de color naranja con blanco y con un brillo muy fuerte. “¿Buck?”, pregunto Rain. “Sí”, respondió Buck. Entonces en ese momento los dos se dieron un gran abrazo y se perdonaron por lo sucedido, luego su padre los llamó y les dijo: “vean esto”.

No podían creer tan bello espectáculo ante sus ojos. Era un inmenso prado con un río, montañas y un gran océano. Mientras observaban dicho espectáculo de la naturaleza, Rock el padre y sus hijos Buck y Rain comenzaron a brillar y a fusionarse formando un solo y magnífico dragón con forma de montañas y pequeños riachuelos con árboles, lleno de vida. Con cada paso que da crea ríos, lagos, incluso océanos y se cuenta que cada vez que este gran dragón llora, caen hermosas lluvias en la tierra.



Lloverá

Escrito por:
Juan Pablo
González

La vida en el campo no es fácil ni mucho menos, más aún si se vive en el norte de nuestro país. Los paisajes que veía en el camino a ver mis abuelos captaban tanto mi atención, que ocultaban una trágica realidad para mi mente.

Con el pasar de los años la visión era otra: los cultivos no daban, los animales se veían en condiciones deplorables y hasta los mismos habitantes de ese lugar tan especial tenían que reducir sus condiciones de vida en pos de racionar el agua, aquel elemento del que tan poco se habla y que tan relevante es para sobrevivir.

“Papá, ¿por qué no vende el terreno? Si con la sequía no puede criar ni a un par de gallinas aquí”. Esas eran las palabras de mi padre, que hacían que la única humedad de ese sitio fuera la de mis ojos, rojos por la pena y la nostalgia de tener que dejar atrás tantos recuerdos. La respuesta de mi tata fue clara: “no voy a vender ni una lesera, si cuando llueva todo se arreglará”.

Tanta esperanza lo podía clasificar entre tierno e iluso. Preferíamos dejarlo en lo primero. La necesidad de la familia de sacar a los veteranos de aquel hoyo desértico que alguna vez diera los mejores frutos que se hayan probado, se volvía imperiosa si se querían prolongar sus años, pero la negatividad del testarudo hombre de campo en su afán de esperar un diluvio se convertía en irrisoria.

Como nuestra relación era tan buena, se me encargó intentar convencerlo de dejar atrás todo lo que tenía, algo de lo que ni yo mismo me convencía de que fuera lo correcto. “Tata, ¿por qué no se viene con nosotros y vende los animales y el campo? Si no llueve hace tiempo, y si así fuera tampoco creo que sirva de mucho”.

Como era de esperarse, el hombre no quiso. Me juramentó que el día que viera una gota caer del cielo, todo volvería a ser como antes. No sé si realmente quería creerle o fue tan convincente como para permitirme no dudar de su palabra, pero lo cierto es que no supe que replicar ante aquel exhorto.

Y es que, dentro de lo que parecía una afirmación incoherente, lo que dijo tenía más sentido del que aparentaba. El río que quedaba a metros de la casa y en el que pasamos los mejores años en familia era el encargado de alimentar la tierra, pero como no había llovido en muchísimo tiempo estaba prácticamente vacío. Tal vez varios días de chubascos podrían aminorar la situación y, contra todo pronóstico, mantener el modo de vida de nuestros queridos viejos.

Lo que complicaba todo y lo hacía menos improbable era la fecha, ya que no habiendo caído casi ni una gota en invierno, era complejo que fuera a pasar casi a fines de la primavera, pero el milagro pasó: una semana entera de lluvias



torrenciales devolvieron la vitalidad al que en algún momento fue un espacio precioso, el hogar de varios animales y de árboles que, por fin, podrían retomar su estadía.

Pero no todos los milagros terminan como en los cuentos, ya que, casi por obra del destino, mi abuelo enfermó de gravedad un par de meses después del aguacero. Sabíamos que no le quedaba mucho tiempo, pero lo que más dolía era que sentíamos que no podría disfrutar lo que tanto esperó; nada más lejos de la realidad. Él se despidió de todos nosotros sintiendo que cumplió la única labor que tenía en el mundo: mantener vivo ese lugar para todos nosotros, para que siguiéramos unidos luego de su partida. Por eso cuando debió cerrar los ojos para siempre, lo hizo con una sonrisa en su rostro.

Nunca olvidaré su cara al partir, parece casi como si se reflejara cada vez que miro el río, aquel que me pidió que cuidara como cuando me llevaba en sus hombros para pasar el calor del verano. Aquel en el que vivimos cientos de conversas sobre la vida, donde me decía que el agua era vida y que él daría la suya por ese campo y por su familia, dos cosas de las que nunca se separó, porque nunca le falló a su palabra.

El camino al *agua*

Escrito por:
Maricela
Cancino

Mención
Honrosa



Era el invierno de 1985 cuando cargaron su carreta. Eran solo unos pocos kilómetros de camino, pero se hacían eternos entre el frío y la curiosidad por saber cómo sería su nueva vida. Después de años de esfuerzo por fin habían logrado comprar la casa que tanto anhelaban para vivir con su pequeña hija. La casa era vieja, techo de tejas, pero patio amplio para que Laurita jugara, aunque lo que realmente preocupaba a la señora Verónica era saber de dónde sacaría agua en ese lugar. Por suerte el viejo pozo que estaba en el patio aún tenía agua y don Clemente lo primero que hizo fue amarrar una cuerda a un balde para sacar un poco y hervirla en el fogón a leña; con esa agua preparó los primeros mates en su casa nueva.

Los primeros meses fueron tan lluviosos, que el pozo comenzó a rebalsar de barro. El agua estaba tan sucia que ni hervida era bebible. No quedó otra alternativa que usar los baldes para juntar el agua de las lluvias, que sin duda era más limpia que el agua del pozo. Esa fue la solución para que la señora Verónica continuara preparando su rica cazuela.

La primavera asomaba y las lluvias cesaron, pero lo que no cesó fue el barro del pozo que a esa altura ya era tierra sólida. Hubiese sido un gran problema si don Clemente no hubiese encontrado una vertiente escondida en una quebrada mientras recolectaba leña en medio del bosque; ahora los baldes se trasladaban al bosque en busca de agua.

El camino era duro, pero Laurita lo disfrutaba entre pinos, zarzas, mosqueta y moras. Valía la pena el esfuerzo porque después tomaba una rica leche con menta preparada por su mamá.

Cada día el calor del verano iba secando el agua de la vertiente ante la preocupada mirada de don Clemente, por eso la noticia de que había unos hombres que se dedicaban a instalar punteras fue de las mejores noticias que había escuchado en el último tiempo. Casi una semana duró la excavación para encontrar agua y hacer que ésta subiera a través de la puntera, pero la espera valió mucho porque los viajes al bosque habían acabado.



El verano de 1987 cuando en el televisor a batería se hablaba del récord de 36,6°C en la capital, solo Dios supo cuánto calor se sintió en la tierra que rodeaba la puntera. De seguro fue mucho porque la puntera comenzó a secarse ese verano. En la municipalidad les dijeron que no tenían proyectos de agua potable para ese sector. Parecía que la única alternativa era volver a la vertiente y sacar la poca agua que quedaba en ella, porque no tenían más dinero para pagarles a los hombres para que hicieran la puntera más profunda.

En busca de agua andaba la señora Verónica cuando una mujer la vio con dos baldes repletos de agua y su hija caminando en medio del bosque. Esa mujer fue la solución al problema. Antes de que la mujer se arrepintiera de compartir su agua potable con ellos, compraron rápidamente la larga manguera que iría desde la casa de ella, hacia la suya. Eran unos 300 metros de distancia. Gracias a ese hermoso gesto de solidaridad tuvieron agua sin tierra, agua sin olor a barro, agua sin ramas de pino, agua limpia al fin.

Los siguientes años se hicieron livianos y cortos sin baldes que cargar. Todo sacrificio quedó casi olvidado cuando la casa se llenó de llaves de agua potable. Para suerte mía algo de recuerdos les quedaban a mis padres y se le vinieron a la mente el día en que por distraída olvidé cortar la llave del jardín y el agua inundó el patio. Tal vez fue el olor a barro que los hizo recordar la historia, o quizás las hojas de los árboles que flotaban sobre los charcos de agua, o pudo ser el sonido del agua que les recordó la vertiente.

Mi descuido trajo al presente una historia de sacrificio sobre el largo camino y lucha que dieron muchos hombres y mujeres por conseguir agua en apartados lugares de nuestro país.

Dilema *marítimo*

Escrito por:
Luciano
Vera

Las aguas se veían calmadas. Era un día gris, tranquilo y se sentía la suavidad del aire de mar que azotaba la orilla de la playa. Todos los días recorría diferentes playas de la Región del Biobío, buscando sensaciones que me ayudaran a calmar mi angustia.

Mi prometida había fallecido hace un tiempo y es por esto por lo que me era imposible pensar que el mar, que estaba frente de mi mirada, era parecido a la persona que amaba, de una personalidad que me daba paz, un aroma que me incitaba a nunca dejarla, una intensidad que se apoderaba de ella cuando la derrotaba la paz. Era parecido a mi prometida. Estuviera donde estuviera, en la Playa de Penco, en Playa Blanca, en Laraquete, en Tomé o en Dichato, donde fuera. Todo era lo mismo, un sentimiento que no tenía vuelta atrás.

Así como un día fui parte de ella, en medio de abrazos y tiernos besos que me llenaban de vida, en donde sentía su interior, su corazón latiendo en llamas, decidí volver a sentirla, pero a través de las olas.

Decidí, luego de una noche indescriptible, en la mañana aventurarme a vivir nuevamente sensaciones que me habían sacado de una profunda depresión en el pasado, pero que ahora eran parte de un recuerdo. Al momento de llegar al lugar una sensación extraña empieza a invadir mi cuerpo, cada vez que me acercaba al agua, ésta me iba llevando y me hacía parte del cuerpo marítimo, luego tomé la decisión de pararme unos minutos a reflexionar, si sería bueno recordar.

Pensé en mi familia, en mi mascota “Atom” que me esperaba en casa. Sin embargo, no pude más y entre lágrimas seguí avanzando con la mirada en el horizonte. Cuando finalmente sentí todo mi cuerpo abrazado por el agua y mis labios siendo besados por el mar, decidí dejarme llevar, sentir su corazón, desaparecer, pero esta vez sentirla a ella, reluciente, pero reflejada en el corazón ferviente del mar. Era la forma de nunca más separarme de ella, de todo lo bueno que tenía, pero también de lo malo, y recién supe en ese instante que no había diferencia alguna, entre ella y el mar.



La piedra de la lluvia

Escrito por:
Rodolfo
Ramírez

Había una vez un pueblo muy desértico, no tenía agua y sus habitantes tenían que recoger agua de la camanchaca, la que era su sustento para poder vivir. Ya que, sin esta, no podían cultivar, ni dar de beber a sus animales. El agua cada vez era menor, lo que causaba gran preocupación a los pobladores.

Un día los habitantes comenzaron a implorarle a los dioses que lloviera un poco, para así obtener agua para guardarla en tinajas para el año que entraba. Los dioses escucharon las plegarias, llovió por dos días y todo se cubrió de agua. Todos festejaban muy alegres por este inesperado milagro, pero al final del segundo día, volvió a despejarse y comenzó a hacer mucho calor, lo que provocó que toda el agua que había caído el día anterior se evaporara.

Las personas se miraban con tristeza, ya que no duró el agua caída y con la alegría y el asombro sentido en ese momento, no se acordaron de guardar agua en sus vasijas. Tanta era la escasez de agua que tenía este lugar, que muchas personas decidieron irse para sobrevivir, ya que las tierras pedregosas y desérticas no permitían la producción de alimentos.

Cierto día, hubo una reunión con los pocos habitantes que iban quedando en este poblado, uno de los asistentes era un anciano muy sabio llamado Manuel. Él dijo que había una piedra mágica cerca de este lugar, que tenía el poder de hacer llover cuando alguien de corazón puro le pidiera con mucha fe. Pero el problema era que para llegar a ella había que bajar una cascada y pasar por una cueva de una serpiente muy peligrosa. José se ofreció para ir a buscar esa piedra. Él era alto, pero odiaba las serpientes, dijo que iba enfrentar su miedo.

A la mañana siguiente partió a buscar la piedra. Fue caminado por un desierto, se cansó y se sentó a descansar y la poca agua que llevaba para el camino le sirvió para seguir. Luego sintió el sonido del agua, al acercarse vio la cascada y empezó a bajar la cascada. Tuvo que pasar túneles y al final estaba la cueva de la serpiente. Finalmente la encontró dormida y pasó muy lento, pero no se dio cuenta de que había un palo que sonó al pisarlo. La serpiente se despertó, empezó a seguirlo, de pronto vio una abertura y José pasó por ahí. La serpiente quedó atrapada.

Llegó a la parte de la cascada y de pronto vio algo brillar. Era la piedra de la lluvia y se la llevó. La puso en la montaña del pueblo y dijo: “si quieren agua van a tener que pedirle a esta piedra que llueva, el que pida algo malo será llevado al mundo de las serpientes”. Juan le pidió que lloviera cuatro días y se cumplió. La gente estaba muy feliz.



Años después empezaron pensar que era mucha agua para ellos porque las plantas de tanta agua murieron. Entonces la gente decidió construir un estanque para poder tener agua en el pueblo, pero alguien quería la piedra para su pueblo y le tenía envidia a la gente, que empezó a pelear por la piedra. Dijeron que debían dividirla, pero fue muy complicado. Finalmente lo lograron.

Más tarde empezó a ocurrir algo inesperado. Empezó llover más seguido y comenzaron a quejarse que el otro pueblo estaba haciendo mal uso de la piedra y reclamaron para que el otro pueblo devolviera la piedra de la lluvia.

No la querían devolver. La gente del pueblo no sabía qué hacer porque el otro pueblo la estaba utilizando. Entonces acordaron hacer una guerra y empezaron a pelear, pero cada persona que moría provocaba un rayo, caía mucha lluvia. Entonces la gente decidió devolver la piedra al pueblo. Este pueblo acordó darle una parte del estanque y enterraron la piedra donde nadie la encontrará, pues ya todos tenían el líquido esencial para la vida.

El lago de la muerte

Escrito por:
Javiera
Poblete

Mención
Honrosa 

Querido diario, hoy nos vamos de vacaciones a un pequeño pueblo llamado Lagdan, donde nació mi papá. Según él hay un hermoso lago llamado “El lago de la muerte”.

- Sara baja, ya tenemos que irnos - Gritó una mujer desde el primer piso.
- Ya voy Evelyn - Inmediatamente baja una chica de pelo negro, ojos café claro y piel morena.
- ¿Emocionada? – pregunta una castaña de ojos café oscuro.
- La verdad no, Evelyn-. Responde Sara.
- ¿Por qué?
- Pues literalmente hay un lago que se llama el Lago de la Muerte, ¡de la Muerte!
- Niñas ya suban al auto- dijo una mujer alta, pelo negro con ojos café.

Nos subimos al auto y nos fuimos e inmediatamente me quedé dormida. Al llegar, mi hermana Evelyn me despertó y al bajar divisé una casa vieja abandonada y pregunté si era la nuestra.

- Es hermosa, ¿no?
- Es una broma, ¿cierto papá? - Respondí esperando que dijera que si era una broma.
- Ojalá hija, pero... no, no lo es- respondió serio.

Miré a mi alrededor y la verdad sí era un lugar lindo, con montañas, bosques, muchos animales y poco ruido. Entramos a la casa, desempacamos y comimos unos sándwiches de queso.

Evelyn y yo decidimos explorar el lugar. Caminamos por un bosque durante una hora, encontramos unas piedras y nos sentamos a descansar ahí. Pasó media hora y decidimos volver porque ya se estaba empezando a oscurecer. Caminamos y caminamos sin rumbo y fue ahí cuando me di cuenta. ¡Nos perdimos! No teníamos señal por lo que no podíamos llamar a nadie.



De tanto caminar se hizo de noche y prendimos la linterna del teléfono. Íbamos pasando por un lago cuando vimos aparecer del agua una mujer de largos cabellos negros con cuernos y alas rojas. Sus ojos eran de un rojo tan intenso que parecían llamas, estaba vestida con ropa negra y llevaba algo como una araña en la mano derecha. Apenas la vimos salimos corriendo como si nuestras vidas dependieran de ello.

De tanto correr llegamos a un pequeño pueblo y nos dirigimos directamente a la comisaría para que nos llevaran a nuestra casa. No les contamos lo que vimos porque seamos realistas, ¿quién nos creería? Al llegar a casa nos encerramos en nuestro cuarto. Esa noche no pegamos el ojo del miedo.

A la mañana siguiente nos despertamos con la noticia de que se encontró el cuerpo de una niña en aquel lago. Le contamos a nuestros padres lo que vimos la noche anterior en el lago y nuestro padre nos contó que lo que vimos era la muerte misma y que cada cierta fecha aparecía en ese lago y se lleva el alma de alguien. En este caso se llevó el alma de la niña, y que por eso se llama “El Lago de la Muerte”.

A la mañana siguiente nos fuimos para nunca más volver a ese lugar. Pero algo seguro es que jamás podré olvidar lo que pasó aquella noche en la que vi la muerte frente a mis ojos.

¿Dónde te llevaste el *agua*?

Escrito por:
Katherine
Henríquez

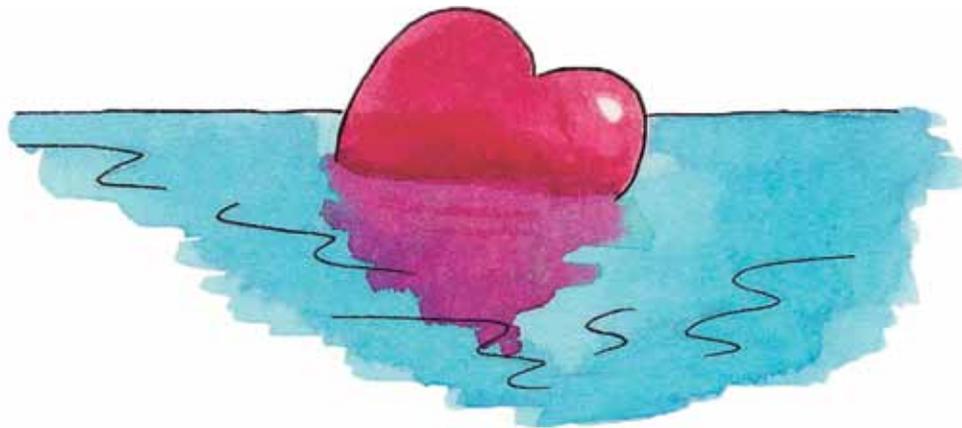
Estábamos enamorados. Digo estábamos porque es solo un recuerdo de nuestros encuentros, él era de otro mundo y yo era de este. Nos encontrábamos en el río. El agua era la puerta a nuestros mundos tan fluida, tan transparente, tan viva; ella y su capacidad de adaptación era capaz de permitirnos vivir nuestro amor. Nos permitía desprendernos de todo lo que teníamos y nos dejaba al desnudo donde podíamos ver nuestras almas, qué manera de amarnos, qué manera de apreciarnos.

La amábamos tanto como a nosotros, era nuestro motor de vida. El agua nos permitía revivir, nos permitía reír, nos permitía sentir lo más profundo de nuestro ser, nos permitía conectarnos con la tierra, pero todo lo bueno tiene otro lado. Como dije nos amábamos al alero del río con su agua cristalina, pero su mirada comenzó a tornarse oscura. Vio en ella algo que nadie más lo pensaba.

Él era de otro mundo donde el dinero reinaba. No importaba cuanto amor pudiera sentir en su corazón al final quien lo hacía latir no era yo. Se dejó llevar por su entorno y solo calculaba las ganancias. Ideó muchos planes, uno más terrible que el otro, y aunque todos comenzaban en distintos lugares, todos terminaba en la misma parte: ahogarse en su privacidad y su individualidad tomando al agua como su propiedad.

Así como secaba todo a su alrededor fue también ahogando nuestro amor. Ya no quedaba nada de lo que teníamos, ni de lo que fue aquel lugar de nuestros encuentros. Ya no había testigos de lo que algún día fuimos, solo la muerte lo rondaba buscando en su piel alguna señal de racionalidad que pudiera devolver un poco de vida a sus pasos.

Por mi parte, el caminar se hizo costumbre buscando por distintos lugares vida cristalina que para nuestra suerte aún seguía escondida. Ahora he comprendido que no importa cuánto amor salga de los labios, lo que importa es el amor que salga de la piel y aunque crea que el amor puede hacer comprender, debe existir un minino de unión de ideas, él era de otro mundo y yo era de este. Ahora vaga entre paredes con dinero en los bolsillos, pero nada es verde y nada es cristalino.



La maldición de Alex

Escrito por:
Mariela
Silva

Había una vez una pequeña niña llamada Eri, que vivía cerca de una laguna hermosa de aguas cristalinas, la rodeaban bellas flores, enormes sauces que se tornaban morados y brillantes al anochecer, en sus aguas nadaban criaturas míticas. Alrededor había muchos árboles nativos. Eri tenía el pelo blanco y ojos café claro. Ella perdió a sus padres en un trágico accidente. Su casa estaba cerca de la laguna y en las noches ella escuchaba el grito de un niño pidiendo ayuda.

Una noche fue a buscar al niño que gritaba. De repente empezó a oírlo más cerca, se encontró con unos árboles, flores y animales muy diferentes a los que ella había visto antes. Pensó que estaba soñando hasta que oyó el grito del niño. Un pequeño escalofrío recorrió su espalda y apresuró el paso hacia los gritos. Después de tanto correr llegó a la laguna donde vio a un niño de su misma edad. Al verlo quedó sorprendida ya que él estaba flotando en la laguna. No lo podía creer, seguía pensando que estaba soñando.

De repente el niño la miró, él tenía una expresión de tristeza. Cuando se dio cuenta de que ella estaba ahí, la vio y no pudo evitar sonreír con lágrimas en los ojos. Eri al darse cuenta le devolvió una sonrisa, le preguntó por qué estaba triste y él la ignoró. El muchacho le preguntó su nombre a lo que ella respondió que se llamaba Eri, y él dijo que era Alex y le preguntó si quería ser su amiga. Ella aceptó muy alegre ya que nunca había tenido amigos.

Eri le dijo a Alex que se tenía que ir porque ya era muy tarde le pidió que lo viniera a visitar y que no le dijera a nadie de este lugar. Ella aceptó y se despidió. Se fue a su casa, caminado lento ya que le gustaba todo lo que había allí. Estaba tan feliz de tener un amigo y conocer ese lugar tan lindo. Tenía mucha curiosidad de porqué él pedía ayuda, hasta que decidió dormirse.

En la mañana se despertó muy tarde. Al darse cuenta de la hora, preparó desayuno para los dos. Echó una canasta con lo necesario y salió para dirigirse donde él. Al llegar a la entrada notó que los sauces eran normales y creyó que todo era un sueño. Se sintió triste, pero quería comprobar, así que se dirigió a la laguna.

Cuando llegó, él estaba dormido en el pasto. Ella se puso feliz al verlo ya que tenía un amigo. Ordenó todo y luego fue a despertar a Alex. Él se sorprendió al verla. Luego Eri le mostró lo que le preparó y se sentaron a comer.

Después de unos meses Eri le volvió a preguntar por qué cuando lo conoció él estaba triste. Él le dijo que fue maldecido por ensuciar la laguna y que sería parte de ella y si a la laguna le caía algo que la contaminara él sentiría dolor. La maldición terminaría cuando él aprendiera el mensaje. Alguien debía preguntarle qué fue lo que aprendió y si respondía bien, la maldición se iría.



Eri dispuesta a ayudar le preguntó. Él se puso nervioso ya que no sabía qué responder. Ella le dijo que se relajara y que no se preocupara; pase lo que pase ella iba a estar con él. Al escuchar esas palabras, lo nervios se fueron y respondió: “lo siento mucho. Al contaminar la laguna se fue su belleza y contribuí a destruir la Tierra. Jamás pensé que la naturaleza sufría tanto, me arrepiento de lastimarla”.

Luego apareció la mujer que lo maldijo. Ella le dijo lo siguiente: “me alegro muchacho de que al fin hayas entendido lo que sufría la naturaleza al ser contaminada. Ahora por entender el mensaje te libero de tu maldición”.

Después de decir eso, la mujer desapareció y Alex ya no sentía dolor, así que se dirigió a la entrada y caminó hacia la salida. Estaba tan feliz, le dio las gracias a Eri y se fueron juntos a casa.

“No contamines el medio ambiente, cuídalo, te mantiene vivo, sano y protege el hábitat de los animales para que puedan vivir tranquilos”.

El secreto de Antonia

Escrito por:
Paulina
Bello

Mención
Honrosa



Cuando nacemos, somos cerca del ochenta por ciento de agua y cada vez que nos hacemos más viejos, vamos perdiendo un poquito de ésta. ¿Será que el agua es la fuente de la eterna juventud que muchos andan buscando? Era la pregunta con la que terminaba el libro favorito de Antonia y que su mamá leía para ella cada noche antes de dormir. Podrá ser esa la explicación de porqué soy así, repasaba en su mente mientras sus ojos se cerraban, hipnotizada con tanto sueño. Rápidamente comenzaba a sumergirse en un sinfín de posibilidades que respondían esa duda. Todos los días por la mañana apenas despertaba, anotaba en su bitácora los sueños increíbles que tenía durante la noche, con la esperanza que en alguno de ellos estuviera la respuesta que tanto anhelaba encontrar, ¿por qué seguía siendo una niña pequeña si en realidad había nacido hace cerca de 80 años?

A simple vista, Antonia era una típica niña de 8 años, le gustaba jugar con sus compañeros e iba todos los días al colegio a aprender algo nuevo. Sin embargo, al conocerla más te darías cuenta de que había algo muy especial y diferente en ella. A su corta edad presentaba un profundo entendimiento de diversos temas, muy superior a sus pares, tales como política, filosofía, antropología y ciencias.



Le encantaba escuchar música antigua y ver películas en blanco y negro. En cuanto a su alimentación, su excentricidad no era la excepción. Ella comía todos los días la misma comida, solo consumía alimentos que venían del mar y tomaba agua con una pizca de sal.

Antonia por más que intentaba hacerse amiga de sus compañeros, ellos se burlaban de ella por lo diferente que era. Además, le decían que siempre tenía olor a pescado, lo cual era un poco cierto a veces. Ella volvía triste a casa todos los días pensando por qué era tan distinta y qué podría hacer para hacer amigos.

Cierto día cuando caminaba a su casa vio a unos niños jugando fútbol y se le ocurrió una gran idea. Pensó que podría entrar a algún equipo deportivo y ahí conocería muchas personas. Llegó a su casa gritando de felicidad y dijo: “¡mamá, mamá! Quiero inscribirme a los talleres deportivos del colegio, ¿puedo hacerlo, por favor?”, preguntó insistentemente. Su madre, luego de pensarlo unos minutos accedió, con una única condición. “Puedes hacer lo que tú quieras, pero recuerda que nunca debes ingresar al mar. Desde muy pequeña que tienes una grave alergia a esa agua y podrías morir si la tocas”, le dijo.

Antonia feliz del permiso que le dio su mamá, comenzó a ver por cual deporte comenzaría. En el colegio al que ella asistía tenían solo un deporte, el remo. El único problema era que las prácticas se realizaban en mar abierto. Ingresó a las prácticas dos veces por semana, durante todo un mes. Y por la advertencia de su madre, utilizaba siempre un traje completo para que el agua no pudiera tocar su piel. Estaba fascinada con sus avances y con las nuevas amistades que estaba haciendo.

Llegó el día de la primera competencia. Estaba tan ansiosa que se quedó dormida y olvidó su traje protector. Sabía que no tenía tiempo para regresar a su casa por él, así que decidió ingresar por primera vez solo con traje de baño, ya que, su equipo la estaba esperando. Solo debía permanecer dentro del bote.

Comenzó la carrera y cuando estaban llegando a la meta, otro equipo las chocó y se volcaron. Los segundos cayendo fueron eternos y Antonia solo pensaba en lo que le había dicho su mamá. A penas tocó el agua, comenzó a sentir una extraña sensación en su piel y un brillo azul empezó a emerger desde el fondo del mar. Pronto su piel comenzó a llenarse de escamas y le apareció una hermosa cola de pez.

“¡Soy una sirena!”, gritaba extasiada. Por fin comprendió por qué era tan distinta. No era el agua lo que hacía que se mantuviera con apariencia de una niña como creían, simplemente las sirenas como ella, envejecen más lento que los humanos y cada diez años que viven es como vivir un año humano.

La invasión

Escrito por:
Diego
Cifuentes

Si alguien logra leer esto, significa que yo ya he muerto. Nunca pensé que esto llegaría a pasar, pero pasó. Todo inició esa tarde, miles de millones de esas pequeñas y diminutas pelotitas cayeron en las ciudades más pobladas del mundo, (siendo sincero, esas pelotas no medían más de 2 cm) era como ver caer nieve en una oscura tarde de invierno.

Al día siguiente, las noticias informaban de brutales y sangrientos asesinatos que sucedían por todo el mundo. Nadie sabía quién o quiénes eran, o por qué lo hacían. Dos días después, los gobiernos dieron respuestas a lo que sucedía con estos atentados. Científicos de diversos laboratorios ubicados en distintos lugares del planeta, descubrieron que las pelotas transportaban un poderoso y peligroso parásito que toma posesión del huésped. Estos entraban al cuerpo de las personas a través del oído, se alojaban en el cerebro y tomaban poco a poco el control de cada uno de los sistemas corporales trayendo como consecuencia la transformación de cada infectado en monstruosos seres depredadores (a los que los científicos comenzaron a llamar “parásitos”) dispuestos a cazar a cualquier otro ser humano que se cruzase en su camino.

Al escuchar esto no tenía palabras y no daba crédito a lo que sucedía a mi alrededor. Con los días, la población entró en pánico, hubo protestas, saqueos, ¡incluso cazadores de parásitos! Dos meses después de los acontecimientos, el 80% de la población se vio infectada por estos bichos. Los pocos seres humanos que logramos sobrevivir, fuimos a lugares seguros donde era imposible que los parásitos nos encontrarán. Meses después, los parásitos murieron de hambre, obviamente.

Durante estos días, he notado que el agua ha ido desapareciendo poco a poco lo cual me llamó la atención. Luego de una semana comprendí todo. Día tras día, veía criaturas bien raras sacando agua de cualquier fuente. Según mi teoría, esas cosas liberaron a los parásitos para matar a la población humana y así tomar nuestra agua sin obstáculos.

Estas criaturas aún siguen exterminando a nuestra raza. Por ejemplo, yo, ellos lograron encontrarme, entraron a mi casa, derribaron la puerta, lo último que puedo escribir es...



El sembrador de *agua*

Escrito por:
David
Poblete

Mención
Honrosa 

El “Manantial del Voluntario” es llamado al caudal frío y transparente que recorre las laderas de la comunidad Bellavista de Huaquén, donde el pasto y la frondosidad de sus árboles rodean a esta especial comunidad. El manantial que alimenta desde años lo que fue un seco y árido sector, según cuentan los lugareños, se debe a la extraña presencia de un joven emigrante.

Maji era un joven emigrante, que ofrecía ayuda a todos los habitantes del sector. En un principio su presencia resultaba incómoda e inquietante para los habitantes que vivían en la incertidumbre de la expropiación y la violencia, pues el caos de la ciudad obligaba a miles de personas a buscar en los espacios rurales mejores oportunidades y también la salvación. Ese miedo era común a todos y Maji lo representaba.

Una noche mientras Maji dormía dentro de un terreno en el cual le habían permitido pernoctar y al alero de un árbol seco, sintió una cálida presencia acompañada de un débil gemido. Era un gordo y peludo canino que acompañó los sueños de Maji durante esa gélida noche nortina.

Pasaron algunos días y Maji con su nuevo compañero recorrieron los terrenos de Huaquén ofreciendo ayuda y cooperación a quien la necesitara. Esa mañana, un grito emocionado sacudió los oídos de Maji. “¡Kaman!”, gritó una mujer mayor y corrió hacia ellos con una incontrolable emoción. Su compañero canino alzó sus orejas y emprendió rápida carrera hacia la mujer, encontrándose y fundiéndose ambos en un emocionado abrazo y una serie de movimientos que denotaban un profundo amor.

Maji observaba sonriente, comprendiendo que ese simpático perro que fue su compañero durante un breve tiempo, seguramente, estaba perdido y se encontraba ahora con su dueña. La mujer interpeló a Maji con una cálida sonrisa: “Hola ¿quién eres? ¿Cómo te llamas?”, preguntó ella. “Maji”, respondió. “¿Qué nombre interesante, y ¿qué haces por acá?”, replicó la mujer. Maji solo sonrió. “Vente conmigo”, insistió. “A pesar de que ya no tenemos agua en estas tierras al menos tenemos lo suficiente para sobrevivir, pero eso pronto se terminará y tendremos que dejar nuestros hogares”. Maji se sobrecogió.

Esa noche Maji durmió al interior de la granja. La mujer le ofreció un plato de sopa y un par de mantas. Esa noche Maji, sintió que era el momento de cumplir con su misión. Se levantó de madrugada y recorrió el árido campo, al cabo de unas horas había acumulado gravilla. La mujer lo llamó a desayunar. Kaman vino a su encuentro llenándolo de afecto. Maji preguntó a la mujer si tenía azúcar morena, a lo que ella contestó que sí y de un viejo morral Maji sacó unos cristales de mar especialmente brillantes.

Se levantó de madrugada, tomó una pala y se dirigió al interior del terreno y comenzó a cavar. Cavó tres profundos hoyos y puso en cada uno de ellos una porción de gravilla, una de azúcar y finalmente sal de mar. Por la mañana Maji emprendía su partida.

La mujer preparó un especial desayuno y lo llevó a la granja, pero Maji ya no se encontraba allí. Extrañada, la mujer lo buscó con la mirada a través de todo el horizonte, pero no encontró señales de él. Solo esos tres montículos de tierra señalaban que Maji estuvo presente en el lugar y en los cuales Kaman olfateaba con especial alegría.

Pasó un año de este evento y la terrible sequía ya había cobrado muertes y una mayor migración hacia Huaquén. Cierta día de hermoso amanecer, la mujer despertó y se levantó con una sensación extraña. Salió de su casa directamente hacia la granja donde un día durmió Maji. Y allí, donde recordó que existieron tres extraños montículos de tierra, yacía majestuoso y frágil un pequeño manantial de agua clara y cristalina que emergía de manera totalmente milagrosa y que llevó a la mujer a caer de rodillas, llorar y agradecer a Dios.

Ese manantial, es hoy llamado el “Manantial del Voluntario” y se cuentan muchas historias respecto de su origen. Pero este es el verdadero, aunque muchos aún no lo creen. En él encontrarán todas las respuestas a todas sus preguntas.

El agua emana como energía donde la bondad y el amor ponen el corazón.



El *agua* y su importancia

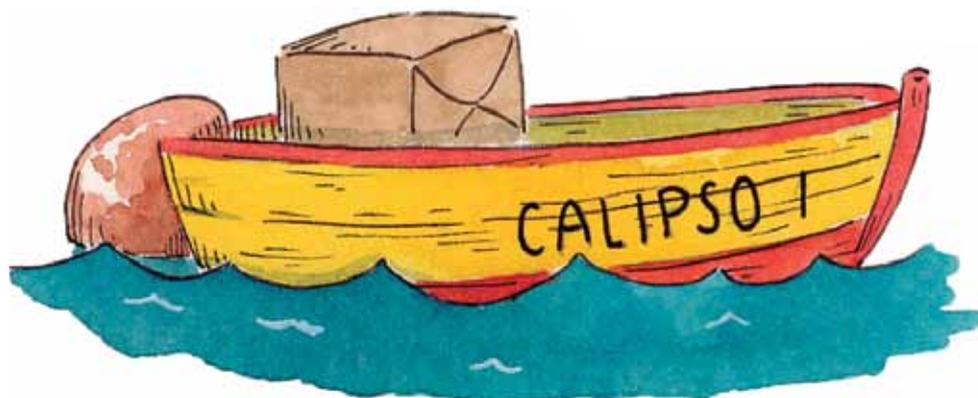
El agua es un pilar fundamental en nuestro día a día y muy bien lo saben Ignacio y Violeta. Ellos viven en un lugar remoto de Chile que no cuenta con mucha agua durante el año, lo que dificulta las labores diarias. Pero ambos la ocupan muy bien, evitando desperdiciarla porque son conscientes de lo importante que es este líquido para el planeta y para mantener la vida sobre él.

Cierto día no salía agua de la llave y estos dos jóvenes salieron de excursión a buscar este vital elemento. Violeta decía: “¿cómo no va a salir agua si nosotros la ocupamos lo justo y necesario?”. Lo mismo decía Ignacio.

Partieron a buscar agua y fueron a la noria porque como decían ellos tenía muy poca. Fueron a ver y no le quedaba agua. Ante esta situación, ambos se miraron muy preocupados e Ignacio dijo: “¿qué vamos a hacer?”. El agua es muy necesaria en nuestra vida, la usamos para cocinar, para bañarnos, para regar nuestras plantas y para darle de beber a nuestros animales.

Luego Valentina dijo: “tenemos que ir sí o sí a buscar algún lugar donde podamos encontrar agua en esta isla”. “¡Ya!, no tenemos otra alternativa”, respondió Ignacio. Partieron a buscar el agua y fueron al cerro y nada. Fueron al bajo y nada. Ante esto Ignacio dijo: “¿dónde podemos buscar agua?”. A lo que Valentina dijo: “¡se me ocurrió algo!, porque no inventamos una máquina para convertir el agua salada de la isla en agua dulce”. Ignacio muy feliz ante esta idea dijo: “¡me gustó tu idea, Valentina! estás pensando muy bien”.

Así que empezaron a construir la máquina. Valentina se dio cuenta que le faltaban materiales a lo que su compañero Ignacio dijo: “pidamos los materiales por Mercado Libre, yo he escuchado que llegan súper rápido”. Y así fue como pidieron los materiales y no se demoraron mucho en llegar. Luego fueron en su lancha a retirar la encomienda a un sector cercano donde llegaban todas las encomiendas.



Ahora con los materiales en mano empezaron a construir. Tuvieron muchos percances, pero eso no les impidió terminar la máquina y les quedó súper. Ignacio probó la máquina para ver si funcionaba “¡ah! Pero se nos olvidó un detalle”, comentó su amiga Valentina. “¿cómo la vamos a llevar a la orilla de la playa?”. A lo que su querido compañero de obras pensó en llevarla con el viejo tractor que tenían guardado. “¿Cómo no se me ocurrió antes?”, dijo Valentina.

Fue así como la llevaron en el tractor y les quedó bien ubicada la máquina, la probaron y ¡funcionaba!

Ignacio y Valentina no lo podían creer y subieron una historia a Facebook y lo vio todo el mundo incluyendo a unos inversionistas muy famosos que les interesó y dijeron: “¡esto nos va a hacer millonarios!”. Viajaron inmediatamente a este lugar remoto de Chile donde se encontraba la máquina y hablaron con sus creadores que ya sabemos quiénes son, les ofrecieron mucho dinero y les dijeron: “¡este es el futuro de la humanidad! si es que se nos acaba el agua dulce tenemos el agua salada para convertirla en agua dulce”.

Ignacio y Valentina aceptaron el trato pensando en el futuro, no el dinero y ellos se preguntaban cómo habían llegado a ser tan famosos. “Lo único que hicimos es ser nosotros mismos”, dijo Valentina.

Desde ahora en adelante tenemos que cuidar mucho el agua y eso de cuidar el agua tenemos que hacerlo todos y todas para que tengamos un mejor mundo mucho más sustentable, un mejor planeta para dejarles a nuestros hijos y a las generaciones siguientes. Por eso siempre tenemos que cuidar el medio ambiente.

La historia de Rayén y la abuelita Amancay

Escrito por:
Ángela
González

En tiempos remotos, existía en un pequeño poblado en el sur de Chile una niña de siete años, muy alegre y bondadosa llamada Rayén, cuya madre la había dejado al cuidado de su abuela Amancay mientras ella trabajaba en la ciudad. Ella asistía a clases a una pequeña escuela, ubicada a treinta minutos de su casa a la que diariamente caminaba para poder llegar. Su hogar era muy humilde, pero su abuela era muy preocupada y procuraba que a ella nunca le faltara nada.

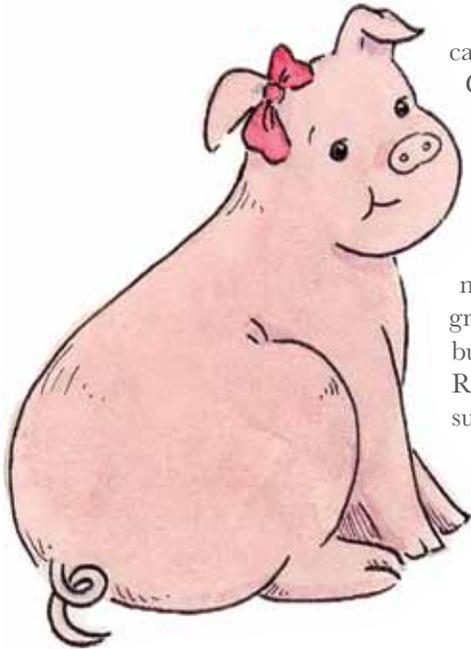
Todas las tardes luego de regresar de clases Rayén alimentaba a sus pollos, iba a un arroyo a buscar agua para echarle a la fuente, llenaba baldes con agua para su querida chanchita Limay quien daba de mamar a sus pequeños cerditos. Luego de alimentar a sus animales, Rayén y la abuelita Amancay iban al arroyo y llevaban una fuente para poder lavar la ropa. Como sabían que el agua era un elemento tan importante en sus vidas, procuraban cuidarla y no contaminarla con detergente o basura.

Pero ocurrió que un día Rayén llegó cantando hermosas canciones aprendidas en la escuela, como lo hacía todos los días, se extrañó que su abuelita Amancay no estuviera asomada en la cerca viéndola aparecer a lo lejos. Extrañada abrió la puerta de su casa y en su interior vio a su abuelita sentada en su silla de mimbre que siempre ocupaba para tomar su mate. Junto a ella un brasero, sus mejillas estaban pálidas, de su frente caía una gota de sudor, sus manos temblaban.

Rápidamente la preocupación invadió el bondadoso corazón de Rayén. Nunca había visto a su abuelita de esta forma. Corrió a la casa de su vecina, la señora Carmen, una persona mayor cuyo rostro reflejaba una vida de grandes sacrificios, pero su mirada reflejaba la añoranza de un futuro mejor. Rayén era como su nieta, la regalaba dándole naranjas y manzanas de su huerta. Carmen al ver tan agitada a la pequeña Rayén corrió a saludarla y a preguntarle qué le pasaba.

Con lágrimas en los ojos ella le explicó que su abuelita estaba muy enferma, que era necesario llevarla a un médico. Muy preocupada la señora Carmen gritó a un joven que araba la tierra cerca de su casa y le pidió que fuera en busca de su carreta para llevar a la abuelita Amancay a la posta más cercana. Rápidamente llegó el joven Nahuel con su carreta tirada por su yunta de bueyes, subieron con cuidado a la abuelita Amancay y la taparon para que no le diera frío durante el camino.

Al llegar a la posta fue atendida por una enfermera, quien realizó diversos exámenes y pudo establecer que la abuelita Amancay había ingerido algo que le hizo mal. Rápidamente por la mente de Rayén pasaron las imá-



genes del agua que bebía diariamente su abuela y que insistía en no hervirla, pues decía que era mejor para su salud. Y recordó haberla escuchado que ésta tenía un extraño sabor últimamente, pero ella culpaba a su avanzada edad el ya no sentir el mismo sabor a las cosas.

Fue así como Rayén, supo por parte de su vecino Nahuel, que hace una semana atrás a un vecino se le había muerto un animal y los restos los había tirado al arroyo del que Rayén y su abuela bebían agua todos los días. Fue en ese momento que Rayén supo que debía hacer algo, por lo cual contó lo sucedido a su profesora y junto a los apoderados y comunidad realizaron una reunión para dar a conocer los cuidados que debemos tener con el agua. Todos se mostraron muy sorprendidos y a la vez preocupados por lo sucedido con la abuelita Amancay, la que felizmente se recuperó, pero sus vecinos ese día aprendieron que si no cuidan el agua pueden terminar dañando a sus vecinos, animales y al entorno que los rodea.



La señora *agua* y su familia

Escrito por:
Joaquina
Araya

Tercer
Lugar



Había una vez una mujer muy generosa llamada Agua, la cual dio a luz a tres hermosos hijos, dos hombres y una mujer. Su deseo era que fueran muy unidos, que siempre se apoyaran y que pasara lo que pasara entre ellos, nunca se enojaran, ni se separaran. Así que después de pensar en todo lo que deseaba que fueran sus hijos, encontró los nombres perfectos para ellos y decidió ponerles Lluvia, Río y Mar. Agua observaba a sus tres hijos, los veía crecer y sentía que cada uno de ellos eran lo necesario para vivir felices, para hermostear los días y disfrutar la vida.

Pasaron los años y llegó el momento en el que tenían que separarse. Cada uno de ellos tenía que hacer su vida y formar una familia. Lluvia se fue a vivir al cielo, conoció a sus mejores amigas, las Nubes. Se sentía feliz de ser importante para los campos, que la vida de la vegetación dependía muchas veces de ella, es por eso por lo que trataba siempre de presentarse cada vez que fuera necesario, para regenerar la vida. Río se fue a recorrer el mundo. Lugar que visitaba dejaba frutos, conoció el amor y tuvo hijos. Mar estaba feliz, también conoció el amor y se casó con Arena. Tuvieron cinco hijos llamados: Pacífico, Atlántico, Índico, Ártico y Antártico. Ellos vivían en todo el mundo, siempre estaban unidos y lo que más los hacía feliz era ver que eran la máxima diversión para muchos.

Fueron pasando los años y se dieron cuenta de que su madre Agua era muy importante para la vida de todo el mundo, pero ella ya se sentía enferma, por lo que decidieron reunirse para poder cuidarla. Pero algo extraño ocurrió. El señor Sol azotó durante muchos años con altas temperaturas al planeta. Mar comenzó a evaporarse, llegó donde las mejores amigas de su hermana, las Nubes.

Entonces llamaron a Lluvia y le contaron que Mar estaba allí. Fue entonces cuando decidieron ayudar a Mar a volver a su estado natural y todas juntas empezaron a caer y como hacía mucho frío se congelaron, quedaron atrapadas en las montañas. Hasta que salió el señor Sol, las abrigó y las derritió y gracias a eso se encontraron con su hermano Río. Fue un lindo encuentro, pero tenían que apurarse, su mamá cada día estaba más enferma, estaba muy débil. Su generosidad no fue valorada por los humanos que no la cuidaron.

Lluvia, Río y Mar llegaron donde su madre, la cuidaron día tras día. Con mucho cariño, la atendían como se lo merece, hablaron con los humanos para que la valoraran, la cuidaran y, además, les explicaron que estaba muy enferma y en cualquier momento podría desaparecer. Es por ello por lo que Mar, Lluvia, Río y los humanos decidieron desde ese momento cuidarla para que Agua nunca les falte.

Felipe, su abuelo y la *cascada*

Escrito por:
Ernesto
Del Pino

Mención
Honrosa



Felipe se detuvo de pronto. Aquel ruido era inconfundible. Miró a sus dos hermanos quienes también lo miraban a él con ojos enormes. Ansiosos, echaron a correr bajando por un estrecho sendero rodeado de boldos y litres en dirección al río. Caminaron y saltaron sobre decenas de piedras, viraron a la derecha y, justo bajo las ramas de un sauce, se detuvieron. Frente a ellos, estaba aquello que habían buscado por años. Una cascada inmensa se erguía entre rocas que parecían murallas.

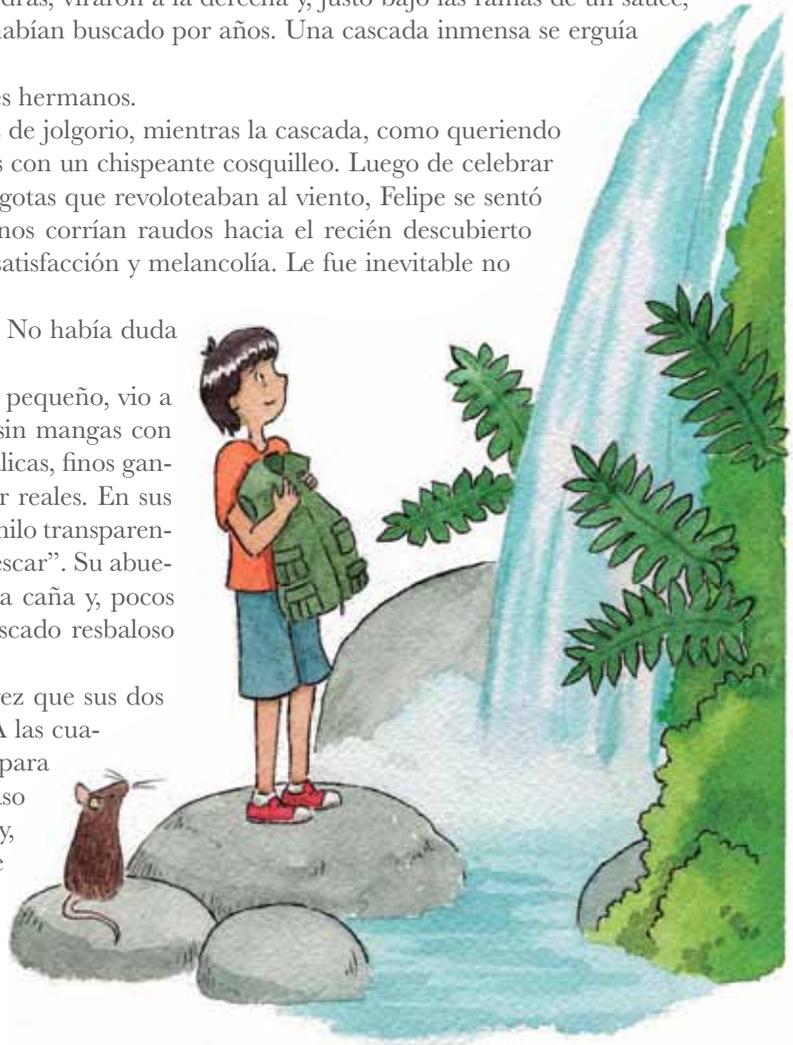
“¡Lo logramos! ¡Lo logramos!” , gritaron los tres hermanos.

Emocionados, se trenzaron en abrazos y saltos de jolgorio, mientras la cascada, como queriendo participar de aquella felicidad, regaba sus mejillas con un chispeante cosquilleo. Luego de celebrar como un niño, ya algo mojado con las pequeñas gotas que revoloteaban al viento, Felipe se sentó entre piedras semihúmedas, mientras sus hermanos corrían raudos hacia el recién descubierto salto de agua. Su rostro reflejaba una mezcla de satisfacción y melancolía. Le fue inevitable no recordar, en ese momento, a su abuelo Ernesto.

Si habían llegado hasta allí era gracias al tata. No había duda de aquello.

Felipe recordó que años atrás, cuando aún era pequeño, vio a su abuelo vestido con una chaqueta color verde sin mangas con muchos bolsillos cargados de pequeñas cajas metálicas, finos ganchos plateados e insectos falsos que simulaban ser reales. En sus manos llevaba un palo largo y delgado unido a un hilo transparente, que después supo se trataba de una “caña de pescar”. Su abuelo parecía un maestro. Entraba al río, agitaba esa caña y, pocos momentos después, tenía entre sus manos un pescado resbaloso y escamoso.

Felipe detuvo su pensamiento en la primera vez que sus dos hermanos y él acompañaron al abuelo a pescar. A las cuatro de la madrugada, el tata les sacudió la carpa para que se levantaran. Se vistieron, bebieron un vaso de leche, tomaron su mochila, su caña de pescar y, linterna en mano, emprendieron una travesía que nunca iban a olvidar.



Su abuelo, ya de 62 años, les dijo que intentarían llegar hasta un lugar especial que había descubierto en su juventud y al que nunca más regresó. Les contó que, junto a amigos, habían caminado por horas río arriba, subiendo el cerro a través de un sendero largo y angosto que, al esfumarse, los había obligado a descender hacia el caudal entre copiosos arbustos, justo hasta donde nacía el río bajo una cascada maravillosa, con aguas tan transparentes y vírgenes, que se podían ver los cientos de peces que vivían bajo su lecho.

Felipe recordó como en ese primer viaje, a pesar de caminar por horas, no lograron llegar a la anhelada cascada. Tampoco lo lograron en la segunda, tercera ni cuarta vez. En el quinto intento, el tata, ya de 68 años, les pidió salir más temprano y a las tres de la madrugada todos caminaban río arriba. Ese día, llegaron más lejos que nunca.

El abuelo parecía ser un “súper tata” fabricando senderos, saltando rocas, empapándose en las frías aguas del río en busca de rutas ya casi inexistentes e, incluso, reponiéndose de una fea caída que asustó mucho a sus tres nietos. Sin embargo, aquella vez también fracasaron. Felipe aun no olvidaba la voz de su abuelo cuando, al regresar, les dijo que aquel había sido su última travesía, que ya estaba viejo, cansado, que las piernas le dolían, pero que estaba contento, pues a pesar de no haber llegado hasta la cascada, había disfrutado cada viaje con ellos. Con su voz siempre amable y gastada les alentó: “Sigan intentándolo, estaré muy feliz si veo que lo logran algún día”.

Felipe miró la cascada de nuevo y luego el cielo. Su abuelo había fallecido hace un par de años y seguramente, en ese momento, desde más arriba de las pocas nubes que acompañaban aquel día, lo estaba mirando a él y sus hermanos. “¡Estamos aquí por ti, tata!”, susurró emocionado.

Luego, se secó una lágrima, se levantó de un salto y corrió hacia la cascada. Abrió sus brazos para absorber su frescura y, sonriendo, sintió que su abuelo estaba allí y que lo había logrado junto con ellos.

El año 3000

Escrito por:
Lidia
Ulloa

De paso fugaz es el agua, se desvanece de mis ríos, se marcha de mis montañas y ya no brota agua en las superficies. Ya ni siquiera puedo llorar como lo hacía antes, para que pudieran crecer los árboles, plantas y flores. O qué será de mí. Solo estará mi hermana, agua salina y tendrá que pasar por lo mismo. Solo la utilizarán de mala forma, hasta que ya no queda ni una gota.

Y sola solita estará mi prima tierra, solo será polvo y basura, si mis nietos y bisnietos siguen ejerciendo la contaminación en las faunas y floras de mi prima tan hermosa. Como quedó reflejado en un día, un tanto soleado, cuando quise salir a mirar todo lo que sucedía por las ciudades y lo que encontré me impresionó. Estaba completamente inundado de tecnología, y ya no estaban mis familiares, puesto que los habían reemplazado por agua artificial. Me di cuenta de que aquel destino también me esperaba a mí, lo supe porque mi prima me dijo que se estaba secando profundamente.

Sin embargo, fue tan decisivo, que ya no existimos ni yo, ni mi hermana, ni la tierra, y ni siquiera mis nietos y bisnietos. Y tan solo fue porque no pensaron en las consecuencias que tendría esta devastadora contaminación en mis aguas, aquella sequía, o por el simple hecho del uso excesivo de tecnología, que solo pensó en solucionar cosas, tan fáciles de hacer.

Ahora desde lo más alto de las montañas, que nadie puede alcanzar, puedo vivir en paz, aunque sea por poco tiempo. Logré encontrar a una amiga con quien vivir. Ella era la nieve, que, con la ayuda del sol, se derretía y creaba un charquito de agua, en el que lograba ver y saludar nuevamente a mi familia que ahora yace en mi corazón.

Por eso cada vez que recuerdo lo sucedido, puedo presentir que puede suceder muchas veces más, si no abren los ojos, pero lamentablemente lo hecho, hecho está. Y lo que más me duele es que cuando mi familia y yo nos desbordamos, y luego nos secamos sin vuelta atrás. Lloré tanto que formé un charquito, tan pero tan pequeño, que lo dejé como homenaje a las futuras generaciones para que sepan qué fue alguna vez el agua y puedan entender el sentido de todo lo que tratamos de hacer por ellos. De hecho, de aquel charquito, renací y ahora vivo feliz, esperando que nadie me moleste.



La guerra por el *agua*

Escrito por:
Ariel
Cerpa

En los tiempos en donde los monstruos abundaban, los dinosaurios gigantes y aterradores con uñas capaces de destrozarse el metal y con su piel dura como el acero recorrían la Tierra y en el agua fría de los mares aún habitaba el Megalodonte y los tiburones blancos con hambre de sangre. Los habitantes de Marte sufrían porque se les acababa el agua. Los extraterrestres no hallaban qué hacer, se morían, no les quedaba opción, tuvieron que emigrar.

Viajaron por todo el universo y el agua no encontraban. Ellos tuvieron una guerra con los habitantes de Neptuno quienes tenían agua y en los enfrentamientos los habitantes de Marte murieron, sólo quedaban noventa y ocho en la nave y la única forma era venir a la Tierra. No fue fácil, se tuvieron que enfrentar con un monstruo que habitaba en el cielo. Por fin llegaron a la Tierra, un gran Tiranosaurio rex vio llegar la nave. Fue el primer obstáculo, lo derrotaron, pero murieron treinta y cinco. Tan solo con sesenta y tres ya no les quedaba esperanza, pero como ellos ya estaban cansados ocuparon su último recurso ¡su máquina para clones!

Hicieron mil quinientos clones y en el mar ya los esperaban los dinosaurios y las especies marinas. Fue una batalla campal, muchos clones murieron, los dinosaurios tan sólo los topaban y los clones se partían en dos. Los huesos sonaban como cucarachas en el fuego. El Megalodonte sació su hambre, no comía hace más de trescientos años. Los tiburones blancos no podían más de tanta comida.

Los extraterrestres se acordaron de su máquina de destrucción láser y se fueron a la velocidad de la luz a buscarla. La encontraron y volvieron a la Tierra y empezó a llover. El agua lastimosamente le entró a una turbina y el ala de la nave explotó. Cayeron sobre un lago, se ahogaron tres y la máquina láser se les dañó. Buscaron refugio en una cueva y en veintitrés días lo lograron. La arreglaron, pero ya no les funcionaba el láser. Sólo le arreglaron el mecanismo de lanzar veneno, pero lo malo es que ahora dependían más del agua. Les armaron trampas a los dinosaurios, mataron a la mitad de la población y el resto con rifles de rayo paralizador.

Ya con los dinosaurios extintos sólo les quedaban los tiburones y el Megalodonte. Su primer ataque fue con la máquina de veneno. Murieron los tiburones blancos y el gran Megalodonte quedó vivo, pero su inteligencia no les falló. Pusieron cincuenta minas para destrozarse piedras y una para destrozarse acero. Y un día que el hambre del Megalodonte despertó, arrojaron los cadáveres de los dinosaurios a los lados de las minas. Cuando esta criatura topó las minas ¡paff! el Megalodonte quedó en pedacitos.

Y es así como los extraterrestres, con tantos cadáveres descompuestos por acción de la naturaleza, tuvieron un virus que los hizo mutar y se transformaron en lo que ahora somos: los humanos.

Gracias a esto, en donde hace más de diez mil años atrás murieron tantos animales, es que ahora podemos extraer petróleo y todas las piedras preciosas tales como: oro, cobre, diamantes y plata; las que son producto de las partes esparcidas por todo el mundo de la nave que se estrelló en el lago y es por esa razón que en algunos lagos con hielo es posible encontrar muchas piedras preciosas que permitieron el desarrollo en la Tierra.

Si tenemos suerte, hoy podemos encontrar descendientes de estos primeros colonizadores de nuestro planeta, quienes aún llevan arraigados en su corazón la importancia del cuidado de este vital recurso, el agua.



La historia de Elizabeth

Escrito por:
Belén
Cayuleo

Mención
Honrosa



Había una vez una niña llamada Elizabeth, pero sus amigos la llamaban Eli. Ella se caracterizaba por tener unos ojos azules como el mar y su cabello era tan rubio y brillante como el sol. Era muy curiosa y extrovertida, vivía en un pueblo pequeño, pero bastante bonito y con mucha vegetación. Cercano a este lugar había un bosque al cual estaba prohibido entrar, porque los lugareños decían que en el centro de este bosque había una laguna encantada plagada de monstruos y de criaturas inimaginables. Los niños desde pequeños oían estas historias por lo que no se atrevían a ir.

El padre de Elizabeth era diferente, ya que le relataba historias de cuando él se escapó de su casa para ir a la laguna encantada. Allí vio una hermosa mujer bañándose en la laguna encantada. La mujer vista por su padre tenía unos hermosos ojos azules como el mar y su cabello era tan rubio y brillante como el sol. Cuando lo vio se asustó y salió corriendo, luego él decidió ir al otro día para poder hablar con la mujer y después de unos días lo consiguió.

Después de ese día, él fue siempre en la noche a verla cuando todos estaban durmiendo; así fue durante mucho tiempo hasta que lo descubrieron y le prohibieron ir de nuevo al bosque, según ellos por su bien. Siempre que su papá le relataba esa historia Elizabeth se entusiasmaba cada vez más en entrar al bosque, pero su papá le prohibía entrar allí porque no quería que le pasara nada malo pues era su única hija y no quería que saliera a luz su secreto.

Cierta día Elizabeth le pidió permiso a su padre para ir a quedarse a la casa de una amiga, pero ella en realidad entraría al bosque a conocer esa hermosa mujer de la que le hablaba su padre. La muchacha iba un poco angustiada porque creía que se le iba a aparecer un monstruo. Después de haber pensado tanto en esas cosas llegó a la laguna encantada y Elizabeth quedó muy decepcionada al no encontrar a la mujer.

Después de un rato, Elizabeth escuchó unos ruidos detrás de unos árboles y se asustó por un momento pensando que sería un monstruo, pero al ver a la mujer se quedó impactada por el parecido que había entre ellas. Elizabeth se acercó tímidamente y la saludó. Fue así como nació una amistad entre ambas.



Pasaron los meses, y cierta tarde de primavera se sintieron fuertes ruidos de máquinas en la laguna. Elizabet, escondida de su padre, corrió rápidamente para ver qué sucedía. Con grandes ojos de asombro vio que todo este lugar había sido contaminado con desechos industriales, un líquido verde y aceitoso cubría toda la laguna. Sintió náuseas por el aroma que emanaba de ese lugar, buscaba en donde podía estar esa nueva amiga que había hecho por meses. Recorrió todo el borde de la laguna, cuando ya estaba muy cansada y había perdido las esperanzas vio detrás de una piedra unos cabellos rubios que ahora estaban aceitosos; supo que era su amiga.

Llegó a su lado y con sus últimas fuerzas la mujer le dijo: “hija, sé que todo esto es confuso para ti. No sabes por qué te llamo así. Bueno, en realidad soy tu madre. Por años te estuve buscando, pero una hechicera me castigó y me dejó en estas aguas. Es por esa razón que nunca pude salir de aquí. Te pido perdón por ocultarte este secreto, pero no te quería hacer daño. Yo soy la madre naturaleza y hoy estoy muriendo por acción del hombre. Tenía este lugar donde peces se regocijaban en mis aguas, aves y animales llegaban a beber; pero no faltó quien vio en este lugar como un espacio para verter su basura. Sólo te pido perdón y lucha por cuidar este espacio”. Y con su último suspiro besó en la mejilla a Elizabet y cerró sus ojos para siempre.

Ahora se dice que Elizabet perdonó a su madre y es la nueva madre naturaleza; quien lucha para que los humanos no sigan dañando las diferentes reservas de agua que quedan en el planeta.

El collar del *mar*

Escrito por:
Yolanda
Contreras

Había una vez una sirena del mar que se llamaba Esmeralda, ella era muy hermosa y con su voz atraía a cualquier marinero o pirata. Le tenía envidia a la reina del Reino de Muy Lejano llamada Victoria, quien era su hermana. Ella antes era una sirena y con su collar mágico podía convertirse en humana. La reina de muy lejano tenía dos hijos llamados: Natalia y Mateo.

Mateo quería navegar en los barcos y conocer el mar y no ser un príncipe. Su madre le prohibió eso, le dijo que el mar era muy riesgoso y peligroso, pero él en ese entonces se molestó con ella y se fue con sus amigos. Todos querían ser marineros, estaban de acuerdo en conocer el mar. Mateo les dio la idea de salir al día siguiente en unos barcos de la reina.

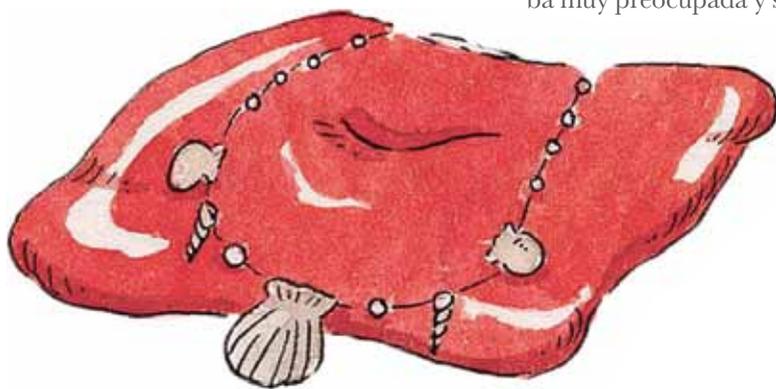
En la mañana Mateo estuvo todo el día con sus amigos y a Natalia le pareció muy raro que él no estuviese en el palacio. Ella no le tomó importancia. Él aprovechó de empacar: maletas, comida y barriles de agua. Los llevaba al barco más cercano de manera que nadie se percatara. Ya en la noche Mateo cenó con su familia y Natalia le preguntó qué había estado haciendo en la tarde. A lo que el joven respondió: “yo no he estado haciendo nada últimamente, con mis amigos estábamos ayudando a solucionar un problema con los jinetes”. A Natalia todavía le parecía raro, porque ella lo conocía muy bien. Después Mateo dijo que se iría a dormir pues al día siguiente tendría que hacer muchas cosas.

La reina estaba muy feliz con lo que hacía su hijo. Al caer la noche los amigos del joven aventurero lo ayudaron a escapar del palacio. Posteriormente se fueron a navegar en el barco por toda la costa. Todos estaban muy emocionados porque el plan había resultado.

Llegó la mañana y la reina les pidió a las sirvientas que entraran al cuarto de su hijo a limpiar y una de ellas gritó asustada: “¡Mateo no está!”. La madre no se pudo mantener en pie al recibir esta terrible noticia y cayó al suelo desmayada.

Los trabajadores del palacio buscaron por todo el pueblo y dijeron que no lo habían visto. Su hermana Natalia estaba muy preocupada y su madre estaba destrozada. Uno de los consejeros

reales le informó que faltaba uno de sus barcos, ella le pidió a su única hija que fuera a buscarlo al mar; para ello le regaló un collar y le dijo: “hija, te regalaré este collar. Cuando más lo necesites sólo ponlo en tu pecho y humedéclo con una gota de tus lágrimas”.



Natalia no entendió y se fue con unos marineros, mientras Mateo navegaba por el mar con mucha lluvia y el mar furioso. De pronto vieron una estrella muy brillante y la siguieron. Llegaron a un lugar muy extraño, donde ya no había lluvia. Era un lugar silencioso con mucha niebla y todos los amigos de Mateo escucharon chicas cantando una hermosa melodía.

Las criaturas que cantaban eran sirenas y ellas querían ahogarlos. Sus amigos ya no podían respirar y terminaron muriendo todos. Natalia iba por el mismo camino. También pasó por la lluvia y por esa estrella y se encontró con una sirena, pero ella como era mujer no le hacía efecto su canto y con una espada le cortó la lengua y siguió en su busca de su hermano. Una mujer, Esmeralda, se acercó y le habló diciéndole: “te pareces mucho a tu madre. Deberías estar buscando a tu hermano”. La joven quedó impactada y le dijo: “¿sabes algo de mi hermano?”. A lo que ella le respondió: “tu hermano está muerto”.

La joven comenzó a llorar amargamente. Al salir de ahí se quitó el collar y lo tiró al fondo del océano y nunca más ha hablado de él. Regresó y abrazó a su madre, llorando le dijo: “madre, mi hermano está muerto, no logré encontrarlo”. Pero ella logró el sueño de su hermano, conocer el mar, y se ha convertido en una de las mejores capitanas del océano.

La efímera serpiente del *secano*

Escrito por:
Eduardo
Mella

“¡Ya llegó el verano!”, exclama Benjamín a su madre, bañándose y chapoteando el agua que lo rodea y es que el hecho de chapotear agua en diciembre en el río Lonquén no es muy común últimamente. El tiempo donde “El Cuero” rondaba por sus aguas ha pasado o, quizás, se ha detenido pues la escasa lluvia y la intervención del cauce solo han logrado que en este río solo escurra arena en medio meandros abandonados que sirven de hogar para anfibios e insectos.

“¡Mira qué hermosa flor, mami!”, exclama Benjamín. “Se llama Dedal de Oro”, le señala su madre. Las orillas de este río hace mucho tiempo fueron un pulmón agrícola muy importante para Chile. En este cauce natural fluyeron aguas que nutrían el trigo que se exportaba a Estados Unidos y con este trigo California se alimentaba, sin embargo, de ese trigo solo nos queda este vestigio dorado, adornando la ribera de ríos y líneas férreas por donde ferrocarriles transportaban este cereal.

Benjamín, a pesar de estar bajo los rayos del inclemente sol que abrasan las colinas circundantes adornadas con un puñado de espinos, no pierde la esperanza de que al verano siguiente todo sea distinto y que el invierno próximo con sus aguas llene de vida el río y lave todos los lamentos y añoranzas que se han posado en la arena que adorna el río.

Esa misma arena ha tapado los campos de vides y cimentado álamos en partes del Lonquén que antes corría agua. “¡Oh río Lonquén!”, exclama la madre. “Qué recuerdos en tu ribera amasando vellones de oveja, compartiendo la docena de huevos duros y el pollo cocido, lanzándose un chapuzón cual Mogli desde una rama del “Viejo Sauce”. Ya se hace de noche”, dice ella a su hijo. Ya se ha posado la luna en los espejos del río, y los sapos se han dormido. “Lonquén-Vilu” seguirá luchando para no eclipsarse en los veranos y no convertirse en una efímera serpiente del secano costero, implorando que su sangre fría se nutra de lo que le brinden procelosos inviernos ñublensinos. Por ahora el sol al posarse en el horizonte le muestra el camino y el “fatum” que ha de seguir.



La tarea de Germán

Escrito por:
Natalia
Esparza

Mención
Honrosa 

Germán cursa el segundo básico de la escuela del pueblo Tres Palitos. Un día, su profesora Jacinta les dio una difícil tarea, cada alumno debía pensar en algo que fuera muy importante para ellos, sin lo cual no podrían vivir y, al día siguiente, expondrían la tarea frente a sus compañeros.

Germán quería hacer un buen trabajo, por lo que, en tanto llegó a su casa, le dijo a su mamá acerca de la tarea y le pidió ayuda.

“Hijo, no te puedo ayudar en esta tarea”, le dijo la mamá, “Debes pensar en las cosas que son más importantes para ti, no para mí”.

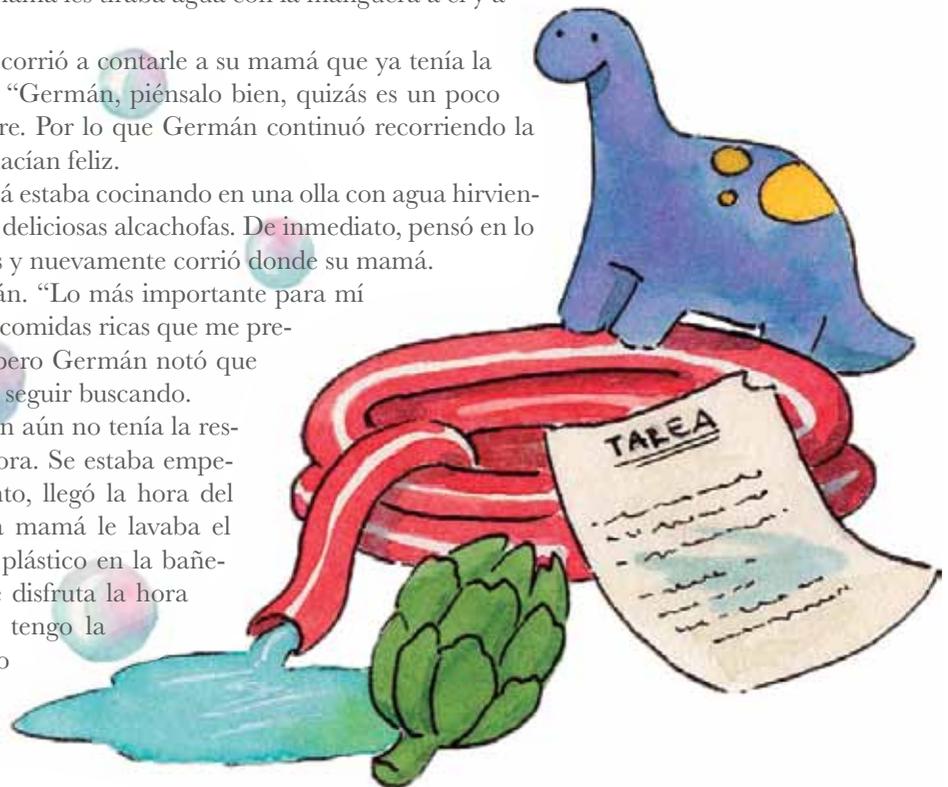
De inmediato, Germán comenzó a pensar en las cosas que más disfrutaba de cada día. Primero, cuando se percató que su mamá había salido a regar el pasto, pensó en lo que disfrutaba jugar en el jardín y lo mucho que le gustaba cuando, en los días de más calor, su mamá les tiraba agua con la manguera a él y a su hermano Valentín.

“¡El jardín!”, exclamó Germán y corrió a contarle a su mamá que ya tenía la respuesta a la tarea de su profesora. “Germán, piénsalo bien, quizás es un poco pronto para decidir”, le dijo su madre. Por lo que Germán continuó recorriendo la casa y pensando en las cosas que lo hacían feliz.

Luego de un rato, vio que su mamá estaba cocinando en una olla con agua hirviendo y se disponía a echar a cocer unas deliciosas alcachofas. De inmediato, pensó en lo mucho que le gusta comer alcachofas y nuevamente corrió donde su mamá.

“Mamá, ¡ya sé!”, exclamó Germán. “Lo más importante para mí podrían ser las alcachofas y todas las comidas ricas que me preparas”. “Puede ser”, dijo la mamá, pero Germán notó que no sonaba muy convencida y decidió seguir buscando.

Ya se acercaba la noche y Germán aún no tenía la respuesta a la interrogante de la profesora. Se estaba empecando a preocupar, cuando de pronto, llegó la hora del baño. En ese momento, mientras la mamá le lavaba el pelo y él jugaba con su barquito de plástico en la bañera, Germán pensó en lo mucho que disfruta la hora del baño y dijo: “¡Mamá, ahora sí tengo la respuesta! ¡El baño! ¡Me gusta mucho



darme un baño todos los días antes de dormir!”, exclamó Germán. “Es una buena idea hijo, pero de todos modos, te recomiendo que sigas pensando por si se te ocurre algo mejor”, respondió ella.

Fue sólo antes de cerrar sus ojitos, cuando Germán ya estaba listo para dormir, con su pijama favorito y su peluche de dinosaurio, y mientras la mamá buscaba un libro de cuentos, que Germán saltó de la cama de un brinco: “¡el agua, mamá! ¡Es el agua! Todo lo que me gusta tiene agua”, exclamó Germán. “Cuando jugamos en el patio y tú nos mojas con la manguera, la comida rica que nos preparas todos los días, mi baño en la tina; el agua está en todo lo que gusta”, dijo el niño.

“Te felicito hijo, es una excelente conclusión, el agua está en todo y tú solito lo descubriste. Tu profesora va a estar muy contenta con tu tarea”, le dijo mamá orgullosa.

Germán estaba feliz, quería que pasara luego la noche para correr a contarle a sus compañeros acerca de su tarea y cómo se había dado cuenta que el agua está presente en todo y que, por lo mismo, es lo más importante.

El encanto de *Candelaria*

Escrito por:
Maximiliano
Bello

Ani nació en el campo, en un lugar llamado “El encanto de Candelaria”. Ahí ocurrían cosas misteriosas, dignas de brujerías para algunos; obras milagrosas para otros.

El campo tenía dos pequeñas lagunas donde Ani pasó su infancia junto a sus primos. Armaban balsas con palos y clavos y navegaban como si se tratase del mar. Las manzanas que caían de los árboles y que no se podían comer las lanzaban con mucha fuerza para que los coipos se asomaran a chapotear a la orilla.

Había otros días en que se bañaba en el río Quilacoya que atravesaba los terrenos de Candelaria. En invierno, con las lluvias de la época, crecía tanto el caudal que casi llegaba al borde de la casa que estaba en la subida de una loma.

Los años pasaron y Ani se fue a estudiar a Concepción: primero de interna al Liceo de Niñas y luego pedagogía en la universidad. Cuando llegó el momento de hacer su práctica, decidió hacerla en la escuela rural cercana a Candelaria. Quería volver a vivir en la casa en la que nació, donde vivió su madre y en la que su padre pasaba días felices cultivando uvas para hacer vino.

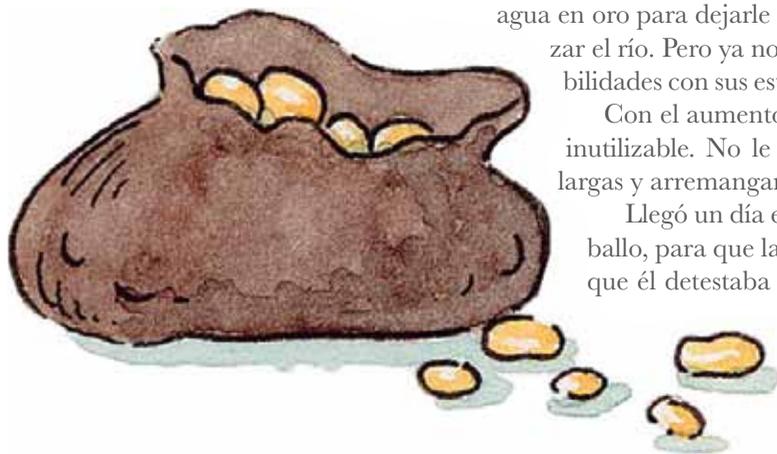
Cada mañana salía temprano, cruzaba el río por un pequeño puente hecho con un tronco y unas cuerdas y caminaba cerca de dos horas para llegar a la escuela. Ahí la esperaban sus niños, que recorrían casi la misma distancia desde diferentes puntos de la zona para ir a clases.

Cuando terminaba, aprovechaba las últimas tardes de calor de marzo y se bañaba en el río. Recordaba los juegos junto a sus primos y las tardes tumbada al sol para que su piel blanca como la leche tomara algo de color.

Terminó el verano y llegó abril con sus “lluvias mil”. Recordaba esas semanas de pequeña cuando prácticamente no podía salir de la casa porque no paraba de llover y se pasaba las tardes mirando por la ventana. Cuando el río crecía, a veces veía unos destellos de colores. Su padre le decía que eran las ánimas trabajando en convertir algunas gotitas de agua en oro para dejarle como premio a los aventureros que lograban cruzar el río. Pero ya no estaba para esas historias y ahora tenía responsabilidades con sus estudiantes, así que partía cada mañana a la escuela.

Con el aumento de las lluvias, el puente para cruzar el río quedó inutilizable. No le quedó más remedio que ponerse sus botas más largas y arremangarse los pantalones para pasar al otro lado.

Llegó un día en el que eso no bastó. Preparó a Caramelo, su caballo, para que la ayudase a cruzar, pero a Ani se le había olvidado que él detestaba el agua y en cuanto llegó a la orilla se echó y no quiso caminar más. Subió a uno de los árboles y trepó entre las ramas hasta que llegó a la rama de otro árbol. Sin tocar el agua consiguió cruzar el río, pero la travesía siguió metros más allá.



El sendero estaba embarrado y al caminar se enterraba o se resbalaba.

Tomó el lazo que su padre le enseñó a usar y logró enganchar un tronco y empezó a tirar de él hasta salir. Siguió caminando hasta con barro en el pelo y trató de apurar el paso, porque ya iba tarde. La insistente lluvia, finalmente, fue amigable porque limpió su rostro y su ropa.

Cuando iba llegando a la escuela se dio cuenta de que algunas de las gotas de la lluvia destellaban como esos colores que veía de niña. Recordó lo que le contaba su padre, pero pensó que solo eran cuentos personas mayores.

Entró a la sala y estaban sus alumnos terminando de secar su ropa en el brasero. Corrieron a ayudar a Ani para que hiciera lo mismo. Atilio se encargó del abrigo y notó algo en los bolsillos. “Profe, usted es valiente. Las ánimas la quieren”, dijo emocionado.

Ani no entendió y lo miró extrañada. “Sí, profe, ¡mire!” y sacó del bolsillo del abrigo unas pepitas de oro. Así supo que las historias de su padre eran de verdad: las ánimas le regalaron gotitas de aguas convertidas en oro.

En busca del *nache*

Escrito por:
Daniel
Varela

Había una vez tres amigos buzos, el primero de ellos se llamaba Juan que era muy codicioso y pretencioso, al segundo lo conocían como Kevin, un flacucho con serios problemas económicos y, por último, Daniel que se ganaba la vida buscando tesoros. Los tres habían escuchado una antigua leyenda de un tesoro llamado “El Nache”, llamado así porque se ilumina solo en ciertos momentos del día o la noche y luego se hace invisible.

Un día ellos se pusieron de acuerdo para ir en busca del misterioso tesoro que se encontraba en el fondo del mar, resguardado por una bestia peligrosa, que lo mantenía a salvo de ladrones y piratas. Kevin sabía que era muy peligroso buscar ese tesoro, pero necesitaba mucho dinero para pagar sus cuentas y por fin tener una vida decente. Daniel por su parte quería ir de aventuras con sus amigos, en cambio Juan solo quería ese dinero para complacer sus caprichos nada más.

Un mes después el plan estaba listo, nada podía fallar. Daniel se consiguió un barco que los llevaría al lugar exacto donde se encontraba “El nache”. Era un viaje que duraría tres días por mar abierto y ya en el segundo día, algo maligno se le empezó a notar a Juan.

Una vez llegando a la ubicación donde se encontraba “El nache”, Juan les preguntó a sus compañeros para quién sería el tesoro - y Kevin le respondió que se lo repartirían entre los tres. A Juan no le gustó mucho esa idea, sin embargo, siguió adelante.

El plan ahora era introducirse a lo más profundo del océano y encontrar el tesoro. Detuvieron el barco y se pusieron los trajes para buceo, lanzándose al mar y bajando hasta llegar a los mil metros de profundidad. Cuando en eso escucharon un sonido extraño, al parecer era de la bestia, pero eso no los detuvo y siguieron adelante. De pronto en lo profundo del mar comenzaron a ver una luz que brillaba muy fuerte y dedujeron que ese debía ser el tesoro y claro no se equivocaron. Era el tesoro que buscaban, sin embargo, Juan se les adelantó y tomó el tesoro, sin saber que esto provocaría un desastre inimaginable para el océano. El agua se puso muy oscura e hizo que la bestia se despertara y se lo tragara junto al tesoro.

Kevin y Daniel quedaron perplejos al ver esto, pero sabían que para recuperar a su amigo y volver a aclarar el agua del océano tenían que matar a la bestia y devolver el tesoro a su lugar. Entonces atacaron a la bestia con certeros golpes de machete y arpón hasta matarla. En-



seguida se introdujeron en la boca de ella, llegando hasta sus tripas, donde vieron algo que los dejó perturbados. Vieron a su amigo moribundo al lado de un montón de cadáveres de piratas y ladrones que yacían en el estómago de la bestia.

Daniel tomó a su amigo Juan y el tesoro rápidamente, mientras Kevin sacó el machete que traía, abriendo el estómago de la bestia para poder salir y luego de esto pusieron el tesoro en su lugar, lo que provocó que el agua del océano volviera a ser clara nuevamente.

Los amigos al salir de las profundidades del mar subieron al bote muy cansados y decepcionados, pero Kevin les dijo que no se sintieran mal porque tomó joyas y oro de los cuerpos de los piratas y ladrones que estaban en el estómago de la bestia. Y así, muy felices, se dirigieron a sus hogares con la riqueza obtenida.

Al tiempo después se dieron cuenta de que ahora tenían un buen pasar y eran felices. Daniel dejó de buscar tesoros y se dedicó a disfrutar de la vida viajando. Kevin por su parte, pagó sus deudas y formó una hermosa familia; y Juan ahora es un buen tipo, aunque a veces se va de carrete y se pierde en las noches, pero sus amigos siempre están ahí para ayudarlo.

Del tesoro, bueno nunca más se habló de él hasta el día de hoy.

Una gota en la *ventana*

Escrito por:
Matías
Campos

Mención
Honrosa



Te divisé por primera vez muy compactada en las nieves eternas de las altas montañas andinas. Me hablaste de años de solidez que se venían deteriorando por un aumento de la temperatura global. Con un gesto preocupado, nos separamos con la sensación de que nunca volvería a verte.

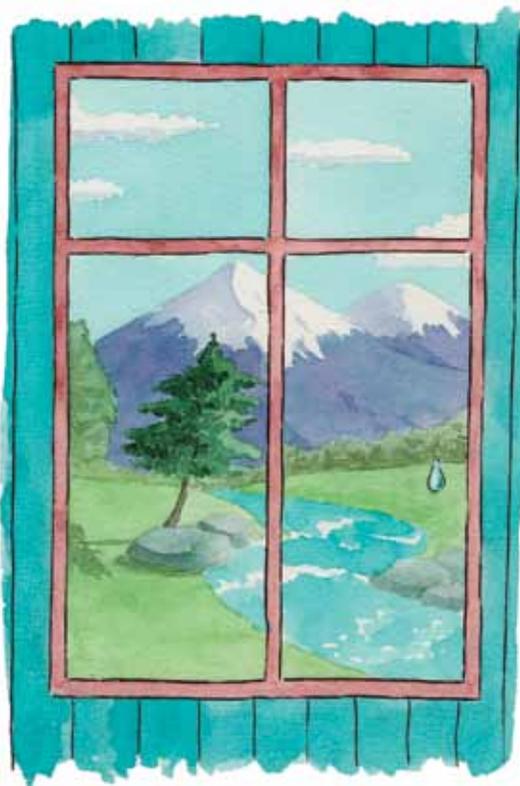
Desde la cordilla divisé acuíferos y manantiales donde estuve buscándote. En los caudales de los ríos conocí multitud de especies de peces, algas y aves que me hablaron de primera fuente del famoso cambio climático: incertidumbre y alarma eran sus sensaciones principales. Entonces, tuve la ilusión de verte en esa laguna recóndita que los vecinos protegen o en el humedal que sustenta ecosistemas únicos e irremplazables.

Escuché historias que decían que quizás ahora eras parte de un árbol siempreverde, ayudándole a crecer fuerte y cobijando a otras especies. También escuché otras más terribles, que hablaban sobre civilizaciones que conservaban sus aguas grises, enfermando sus alrededores.

Años después, me atreví a buscarte por los océanos, donde millones de gotas como tú estaban esperándome. Brisas marinas y espumas danzantes calmaron el ímpetu por encontrarte, susurrándome: “Nosotras somos parte del planeta, y aunque puede que este cambie y los humanos como tú desaparezcan, estaremos aquí monitoreando el paso de las décadas, siglos, eones”. Así fue como entré en un trance y me dejé llevar por las corrientes y terminé en un polo del mundo donde los casquetes glaciares me recordaron al lugar de nuestro primer encuentro. Observé de primera fuente la caída de un enorme bloque de hielo, y pensé nuevamente en la advertencia que me diste la última vez que te vi. Entonces, inesperadamente desde mi nave pude ver tu cuerpo salpicado sobre el cristal que me separaba del mundo exterior.

“Qué gusto verte. Fue un lindo viaje”, me dijiste y tu voz se había vuelto tan semejante a la de otras gotas que creo que no alcancé a reconocerte. Te expresé mi preocupación con respecto al cambio global que estaba ocurriendo y que afectaba todos los lugares que visité.

“No desesperes”, me respondió. “Mi voz se mezcla con la de los otros recursos hídricos por una sencilla razón: somos todos uno. Y ahora, tú también eres parte de este ecosistema, y puedes ser un agente de cambio en el mismo. Yo ya no seré gota, ni río, ni manantial. Así podrás pensar en mí en todo momento, y espero que sigas educando a los demás con la misma convicción y energía que te llevó a encontrarme en este extremo del mundo. Esta será tu nueva proeza de todos los días. Cuidarme y tenerme siempre presente, para que en el futuro tus hijos y los hijos de tus hijos puedan habitar este planeta y recorrer las maravillas que experimentaste de primera fuente”.



El lago *mágico*

Escrito por:
Daniel
Silva

Había una vez un lago mágico en el cual, si hacías una buena acción, el lago te cumplía el deseo que más querías en todo el mundo. Cerca del lago vivía Mateo de 12 años, de hecho, lo podía ver desde la ventana de su cuarto. Cierta día Mateo se acercó al lago con la finalidad de pedir un deseo ya que él había hecho una buena acción. En esta ocasión él pidió ser más amable, pero el lago no pudo cumplir el deseo de Mateo y le comentó “No puedo Mateo, tú ya eres el niño más amable de todo el mundo”. Mateo después de esto se fue contento a su casa, pero esa misma noche mientras observaba el reflejo de la luna sobre el lago, se dio cuenta que salió un monstruo.

Desde esa noche, Mateo se percató que el lago ya no concedía los deseos de las personas que acudían allí, por lo que a todos les contó qué era lo que estaba pasando y sobre el monstruo que él había visto la noche anterior, pero nadie le creyó, se pusieron a reír incluso. Sólo su mamá y papá creyeron en él, quienes desde su ventana lo observaron en la noche siguiente cuando salía del lago.

Al día siguiente el joven les contó a sus amigos Cristóbal y David. Ellos tampoco le creyeron por lo que los invitó a ir con él a medianoche al lago para observarlo juntos. Efectivamente el monstruo apareció, pero al verlos se asustó tanto que tocó el lago y éste se convirtió en un pantano inmediatamente y luego el monstruo desapareció.

Al convertirse en un pantano, el lago jamás volvió a conceder deseos. Pero esto no era lo que más le dolía a Mateo, sino que los peces que allí vivían los cuales ahora vivirían en un lugar con mucho barro y no podrían nadar tranquilamente.

Así, Mateo decidió pedirle ayuda a sus amigos para que lo ayudaran a detener todo eso. Ellos accedieron y convencidos de poder hacer algo, se pusieron un traje de buceo e ingresaron al pantano. Encontraron a los peces muy mal y Mateo les dijo si podían irse del lago porque el barro les haría mal, pero ellos no quisieron, preguntaban en dónde se quedarían si se iban, por lo que finalmente los echaron.

Mateo no se rindió y al otro día se disfrazó de pez y se metió al pantano, pero el traje era muy caluroso por lo que no logró su hazaña ni convencer a los peces de irse.

Finalmente, luego de días, encontró a sus papás muy tristes ya que todo había cambiado. Pero Mateo decidido fue nuevamente al lago. Aquí para su sorpresa encontró a varios monstruos quienes habían vuelto a transformar el



pantano en lago y ya se estaban yendo. Mateo les dijo que no se fueran y les preguntó si eran capaces de cumplir deseos para cualquier parte del mundo, a lo que ellos respondieron que sí, pero que se iban porque no podían convivir con los peces en ese lago, les hacían mal.

Ante esto, Mateo asustado pidió a la comunidad si podían pasarle algunas peceras para mover a los peces, logrando conseguir diecisiete. Así Mateo junto a sus amigos lograron llenar de agua estas peceras y trasladaron a los peces a la playa para que tuvieran un nuevo hogar y no murieran al estar cerca de los monstruos.

Al finalizar toda esta hazaña Mateo disfrutó junto a David y Cristóbal el jugar a la pelota en la playa viendo cómo los peces eran felices en su nuevo hogar. Y al terminar de jugar todos se dirigieron nuevamente al lago para pedir un nuevo deseo porque habían hecho una buena acción. Mateo pidió para que su amistad con David y Cristóbal durara para toda la vida y estos últimos pidieron para que nunca atacaran la playa donde ahora los peces vivían felices.

Al pasar los años, todos vivieron felices en comunidad y Mateo hasta hoy sigue pidiendo deseos, pero no para él, sino para la gente que está enferma o que no tienen casa.

El tranque y la familia

Escrito por:
Jaime
Riquelme

Rosa preparaba la cena para su marido y sus hijos que aún quedaban en casa. Con 55 años y su cabellera cana, su única trenza muy larga propio de su etnia, con poca estatura y gordita que le producía un desplazamiento lento, salió al patio con voz fuerte le dijo a Demetrio su marido: “viejo, a comer y descansa un rato para que te apuras tanto con esa pirca (muro solido de piedras sobre piedras). Falta mucho para el invierno”.

“Mire, señora, las cosas tienen que cubrir más de una necesidad”, respondió el marido. “¿Qué quiere decirme, viejo? Habla claro, no te entiendo”, dijo ella.

El marido le comentó que el año pasado tuvieron muchas necesidades, las cosechas fueron malas, la falta de agua que produce esta maligna sequía cada vez los hacía más pobres y quería completar todo el redondel del pedazo para las flores que tanto le gustaba cultivar y ver con la municipalidad si los ayudarían a comprar nailon muy grande y grueso para llenar de agua esta obra y poder tener una chacra más productiva.

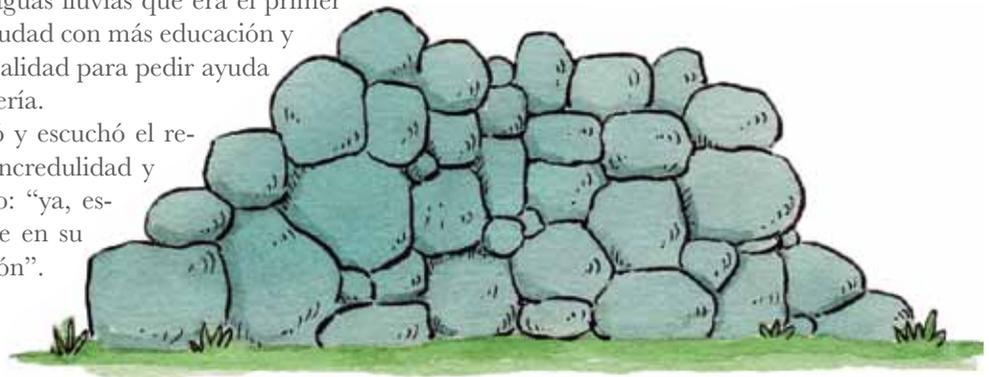
“No digo yo. Este viejo es sabio. Sí, viejito, yo pienso que es muy bueno y trabajarías mucho menos al tener agua al lado. No irías al río que está tan lejos para solo traer dos tachos con agua que no alcanzan para las siembras que necesitamos para los alimentos del año, pero ese terreno es muy grande para ti, viejito. Te morirás antes de terminarlo”, dijo Rosa.

“Espero que los hijos me ayuden cuando no estén trabajando”, respondió él. Y ella le contó que les dieron aviso de despido. “El jutre del fundo Nueva Esperanza no seguirá con los nogales por falta de agua a pesar de los pozos profundos que hicieron. De igual forma no tendrán agua suficiente para mantener el huerto”, comentó Rosa.

Su marido le dijo que esa noticia era muy mala y que lo veía pésimo para ellos. “Con mayor razón tengo que terminar esa pirca, piedra a piedra, para terminar mi sueño del tranque que nos permitirá seguir viviendo. Desde mañana redoblaré los esfuerzos hasta terminar el soporte”, dijo.

Los meses pasaron rápidamente. El invierno se aproximaba con mucha rapidez y toda la familia se abocó a la construcción del soporte de las aguas lluvias que era el primer objetivo. Una hija venida de la ciudad con más educación y con hijo acuesta fue a la municipalidad para pedir ayuda que el proyecto de su padre requería.

El funcionario que la atendió y escuchó el relato de la obra, la miraba con incredulidad y dándole pocas esperanzas le dijo: “ya, espere que un profesional les visite en su propiedad y él dará una evaluación”.



De inmediato le preguntó cuándo sería eso, pero el funcionario le dijo que no le podía decir, porque la municipalidad era pobre y que para toda la comuna solo tenían a una persona para ver ese tema. Así que les recomendó tener mucha paciencia.

Después de muchos días y visitas a la municipalidad, llegó a la propiedad el funcionario tan esperado y quedó sorprendido, admirado por lo que Demetrio había logrado. Con las palabras más apropiadas le dijo: “usted no está construyendo solo un tranque de retenciones aguas lluvias, usted está creando vida”. Palabras suficientes para sacar en un instante los dolores de cintura, brazos y piernas que a esa altura tenía.

“Mire, don Demetrio, primero nos preocuparemos de la compuerta y del canal de descarga, ahí veremos impermeabilización”, dijo el funcionario.

Llegado el mediodía del domingo, Demetrio vio a la distancia que por el camino del bajo venían varios vehículos que rápidamente llegaron a su casa, donde venía el alcalde y un diputado. Le dieron unos fuertes abrazos y le decían muchas cosas que no fue capaz de retenerlas todas.

Una importante *lección*

Escrito por:
Felipe
Bravo

Mención
Honrosa 

Leonardo tiene 10 años y vive con su papá, su mamá y su hermana pequeña, Rosa. Los papás de Leonardo, siempre se preocupan de cuidar el agua y, toda su vida, le han insistido a Leonardo acerca de lo importante que es usarla con moderación y nunca dejarla corriendo.

Leonardo estaba aburrido del discurso de sus papás; él veía como todos en el pueblo disfrutaban el agua. Los vecinos dejaban toda la noche los rociadores encendidos para que sus jardines estuvieran hermosos. En cambio, los papás de Leonardo regaban lo justo y su jardín nunca se veía tan lindo como los demás. Sus compañeros de colegio se lavaban los dientes con el agua corriendo, mientras que él, debía utilizar un vaso con agua.

En la casa de Leonardo, siempre había peleas a la hora de la ducha, ya que, a los pocos minutos, la mamá comenzaba a apurarlo para que saliera pronto.

Un día, Leonardo estaba muy molesto y les dijo a sus papás: “Me aburrí de cuidar el agua, no es justo que solamente nosotros nos preocupemos de no desperdiciarla, mientras todas las demás personas, son felices jugando con agua en el patio, se dan baños largos y no los retan cuando se les queda el agua corriendo. ¡Ya no quiero hacerlo más!”, dijo el niño.

Los papás se miraron asombrados, pero de cierta forma, comprendían que, por su edad, Leonardo no entendiera el motivo por el cual ellos se preocupaban tanto de cuidar el agua. “Hijo, tú ya estás grande y puedes decidir si quieres vivir como nosotros, cuidando el agua, o si quieres vivir como tus compañeros y sus familias”, le dijo la mamá. “La decisión es tuya, Leonardo, nosotros te amamos y vamos a respetar lo que decidas”, le dijo el papá.

Leonardo estaba feliz. Al fin iba a poder darse duchas largas, lavarse los dientes con el agua corriendo, jugar con la manguera en los días de calor y todas las cosas divertidas que se pueden hacer con el agua, sin estar pensando que lo iban a retar.



Esa noche, Leonardo se fue a acostar con una sonrisa en el rostro; por primera vez en mucho tiempo, se cepilló feliz los dientes y jugó con el agua hasta que sus dedos se arrugaron. “Mañana será un gran día”, pensó.

Lamentablemente, Leonardo no pasó una buena noche. Soñó que despertaba en un lugar muy diferente, en una casa que se parecía a su casa, pero era oscura y triste. Ya no estaban las plantas de su mamá en la sala de estar, el lavamanos tenía tapadas las llaves con un plástico y, al lado de la taza de baño, había unos baldes con agua turbia. Leonardo no entendía nada. Bajó a desayunar y se dio cuenta que, en la mesa, ya no abundaban las ricas frutas de cada mañana ni el jugo de frambuesa que su mamá solía prepararle antes de ir al colegio.

Leonardo estaba tan asombrado que no sabía qué decir. Miró por la ventana y vio que su jardín estaba totalmente seco; y no sólo eso, los verdes y hermosos jardines de los vecinos, también lo estaban. “Esto debe ser un mundo sin agua. ¡Por eso mis papás cuidan tanto el agua! ¡Para que no pase esto!”, pensó Leonardo.

Cuando dijo eso, sonó su alarma y despertó de un salto. A los pocos segundos, llegó mamá a darle un beso de buenos días. “¡Mamá, tuve un sueño terrible! Soñé que no teníamos agua. Estaba todo feo, las frutas no eran grandes y jugosas, todos los jardines de la cuadra estaban secos y nada se veía verde. No quiero que eso pase”, exclamó Leonardo.

“Hijo, no tengas miedo. Mientras haya gente preocupada de cuidar el planeta y el agua, eso no va a pasar. Por eso es importante que todos ayudemos y seamos responsables con el agua que usamos”, lo tranquilizó mamá.

Desde ese momento, Leonardo nunca más cuestionó a sus padres por cuidar el agua; es más, logró convencer a algunos compañeros a no desperdiciar el agua y, comenzó a ayudar a sus padres a inculcarle esos hábitos a su hermanita Rosa.

El lago sagrado

Escrito por:
Ian
Ramírez

Érase una vez unos investigadores que tenían un bebé llamado Tomás, quienes buscaban un lago sagrado donde el agua de ahí podía curar cualquier enfermedad. Un día los padres de Tomás encontraron el lago, pero los atacaron unos salvajes que hablaban otro idioma y murieron. Él estaba en una canasta cuando atacaron a sus padres y cayó por un lecho de agua. Al día siguiente un salvaje llamado Altaír estaba patrullando cuando escuchó un llanto, lo siguió hasta que se hizo más fuerte; cuando lo vio era Tomás.

Altaír lo llevó con el líder de la tribu, que era un anciano pequeño con barba larga, blanca y muy sabio. Altaír le dijo al anciano si se podía quedar el bebé en la aldea y este le dijo que no, ya que tendría que violar las reglas de la tribu y le dejó dos opciones: se podía quedar con el niño, pero se tenía que ir de la aldea o abandonar al niño en la ciudad y que lo cuidara uno de su especie. Hubo un momento de silencio y tomó la primera opción que era quedarse al niño y no abandonarlo ya que le podía pasar algo y no se lo iba a perdonar.

Altaír estaba caminando mientras pensaba cómo llamar al niño cuando vio un espíritu. Entonces dijo que lo llamaría Ikal, que significa “espíritu como el que vio”. El niño empezó a crecer hasta que cumplió 16 años. Un día, un puma y una pantera estaban peleando por quién era el más fuerte y llegó Ikal a separarlo porque escuchó los gruñidos. El puma estaba herido entonces lo llevó al lago curativo y lo encontraron los de la tribu en la que estaba Altaír. Cuando escuchó a los de la tribu supo que se había metido en problemas, entonces lo fue a buscar y el anciano dijo: este niño tiene que irse del bosque.

Al día siguiente en un pueblo cercano llegó un niño llamado Hiro, pues en el pueblo iba a haber un festival del lago sagrado. Hiro al escuchar de aquel lago, fue a buscarlo y mientras iba encontró a Ikal tirado en el suelo con rasguños y moretones. También tenía ropa extraña y la cara pintada. Lo levantó y lo llevó al hospital del pueblo. A Hiro le preguntaron si lo conocía y le dijo que no, que lo encontró tirado en el suelo mientras buscaba el lago sagrado y la enfermera le dijo que era una leyenda nada más; también agregó que una empresa llamada IDPN Investigación De Proyectos Naturales, buscaban el lago sagrado.

Pasó un día hasta que despertó el niño. Hiro le preguntó si estaba bien, pero Ikal se levantó asustado de la cama de la clínica y empezó a hablar una lengua extraña para Hiro. Hiro le dijo que se calmara e Ikal escapó por una ventana, él lo persiguió. De repente Hiro se encontró con un investigador



de la empresa IDPN. Le preguntó si vio a un niño corriendo por ahí, el investigador dijo que no e Hiro siguió corriendo en busca de aquel niño hasta que se encontró con una choza, cuya puerta estaba abierta. Entró y vio al niño en un rincón escondido.

Hiro le dijo que no debía tener miedo, que no le iba a hacer daño y de pronto llegó Altaír quien cuidaba a Ikal. Vio la puerta abierta de la choza donde vivía, entró asustado y vio a Ikal en un rincón. Hiro en frente de él acercándose poco a poco hizo que Altaír pensara que Hiro le quería hacer daño a Ikal y le pegó. Ikal lo vio lastimado. Después recordó lo que le había pasado cuando se cayó del árbol y cuando Hiro lo ayudó, entonces lo tomó y lo llevó al lago para curar sus heridas. Cuando Hiro se despertó en el lago y sorprendido vio que sus heridas desaparecieron, dijo: “estamos en el lago sagrado” y se desmayó.

El río *mágico*

Escrito por:
Catalina
Carrasco

Era una vez dos patos bebés, uno se llamaba Juan y el otro Pedro. Ellos nacieron en un río que lo llamaban “el río mágico”. La única que sabía por qué se llamaba así era una tortuga que desapareció hace miles de años del río. La leyenda decía que la tortuga era quien le había puesto el nombre al río, pero nadie sabía mucho sobre eso.

Ellos crecieron juntos y siempre estaban en el agua jugando. Era su lugar favorito, pero un día hubo una fuerte lluvia y Pedro se perdió. Pasaron cinco años de la desaparición de Pedro y Juan tomó la decisión de salir a buscarlo. Después de un rato de buscarlo empezaron a caer unos polvos dorados encima de él. Juan se asustó porque no sabía qué era y cinco segundos después, Juan se quedó dormido. La corriente empezó a llevarlo, al parecer a algún lugar específico.

Después de mucho rato Juan abrió los ojos y vio a un pato bebé. Juan aturdido le pregunta dónde estaba. El pato bebé se mantiene en silencio. Juan reacciona y pregunta: “¿tú conoces a un pato que se llama Pedro, que es muy cariñoso, simpático tiene una manchita ahí cerca del ojo y es bien bajito?”. El pato bebé le responde: “yo me llamo Pedro, tengo una manchita acá en el ojo y soy gordito”.

Juan se queda en silencio preguntándose cómo era posible. “No puede ser Pedro o ¿sí? No, no. No puede ser. Pedro ya debe ser adulto y, además, no era gordito. Pero espera y ¿si me están intentando engañar y esto es una trampa?”, pensaba Juan. Y empieza a gritar: “¡ayudaaa! ¡Me están tratando de engañar!”.

De la nada sale un pato ya mayor, bien alto y gordito con una mancha en el ojo. “¿Qué está pasando acá? ¿Quién es usted?”, le pregunta a Juan. Juan lo mira bien y le dice: “¿Pedro, eres tú?”. El pato bebé le responde mirando hacia arriba: “yo estoy acá”.

El pato mayor se ríe y le dice: “jaja a ti no te habla, Pedro Jr.”. Recién ahí se da cuenta de que era Juan.

Los dos se dieron un abrazo y lo primero que Juan preguntó fue por el pato bebé, apuntando hacia Pedro Jr. Pedro le dice que es su hijo, que tiene un año y que le gusta el payaso Plim Plim. Juan se ríe y empiezan a conversar mucho rato. Pasan dos horas y Juan buscó un lugar donde dormir cuando de repente se encuentran con una tortuga y le pregunta quién era.

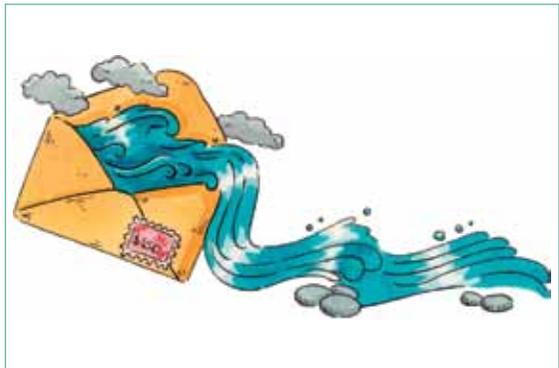
La tortuga le responde: “me llamo Samuel. Vivía cerca de un río hace miles de años, pero me perdí y me quedé acá viviendo”, mientras apunta hacia una mansión oculta entre las hojas.

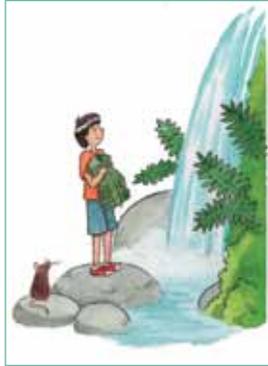
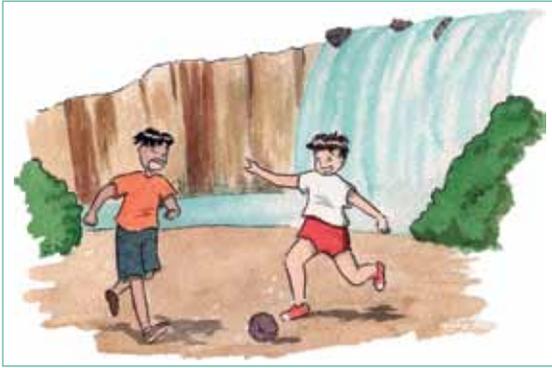


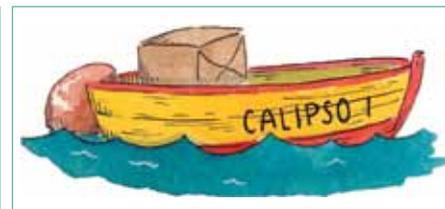
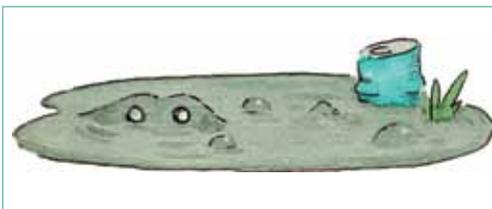
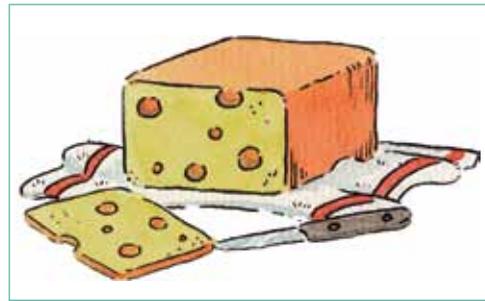
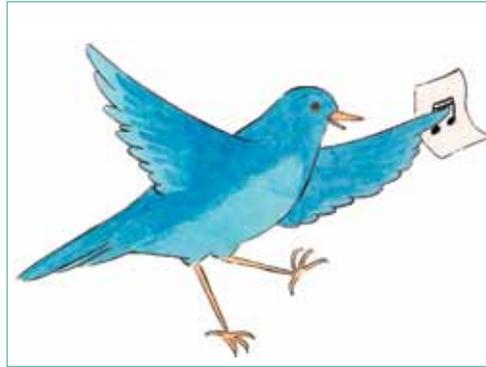
Juan, Pedro y Pedro Jr. quedan con la boca abierta. Le preguntan a Samuel si sabía por qué el río mágico se llamaba así.

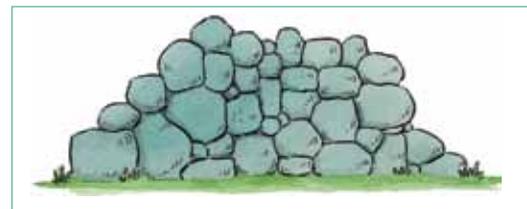
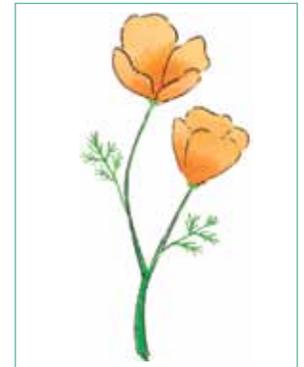
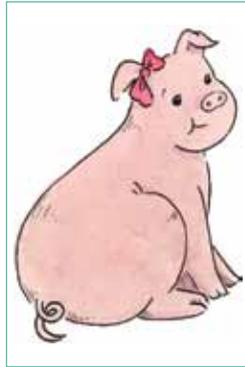
“¿Cómo? ¿El libro nunca llegó?”, dice Samuel. Así que les empieza a contar la historia sobre un libro que escribió para las personas que viven en ese río para que supieran por qué se llamaba así. Pero al parecer el libro nunca llegó y les dice: “bueno, les voy a contar más o menos por qué se llama así. El río tiene ese nombre tan peculiar porque las aguas son mágicas y se preguntarán ¿por qué son mágicas? Lo son porque cualquier animal que esté perdido, de cualquier especie, la corriente lo lleva adonde tiene que estar ese animal, sea con su familia o no, pero lo lleva donde pertenece”. Todos quedaron asombrados cuando, de repente, Pedro Jr., dice: “tengo hambre” y todos se largan a reír. Pedro y Juan se despiden de Samuel.

De pronto, Juan se despierta y ve a Pedro al lado suyo diciéndole: “¿Estás bien? La tormenta que hubo casi nos lleva por el río”. Juan dice: “¿qué? ¿Todo fue un sueño?”. Y en ese momento otro animal de por ahí del río dice: “¡chicos! Llegó un libro de un tal Samuel que se llama “río mágico”. Entonces Juan dice: “o tal vez no fue un sueño”.











CONCURSO DE CUENTOS CRHIAM

Relatos del *agua*

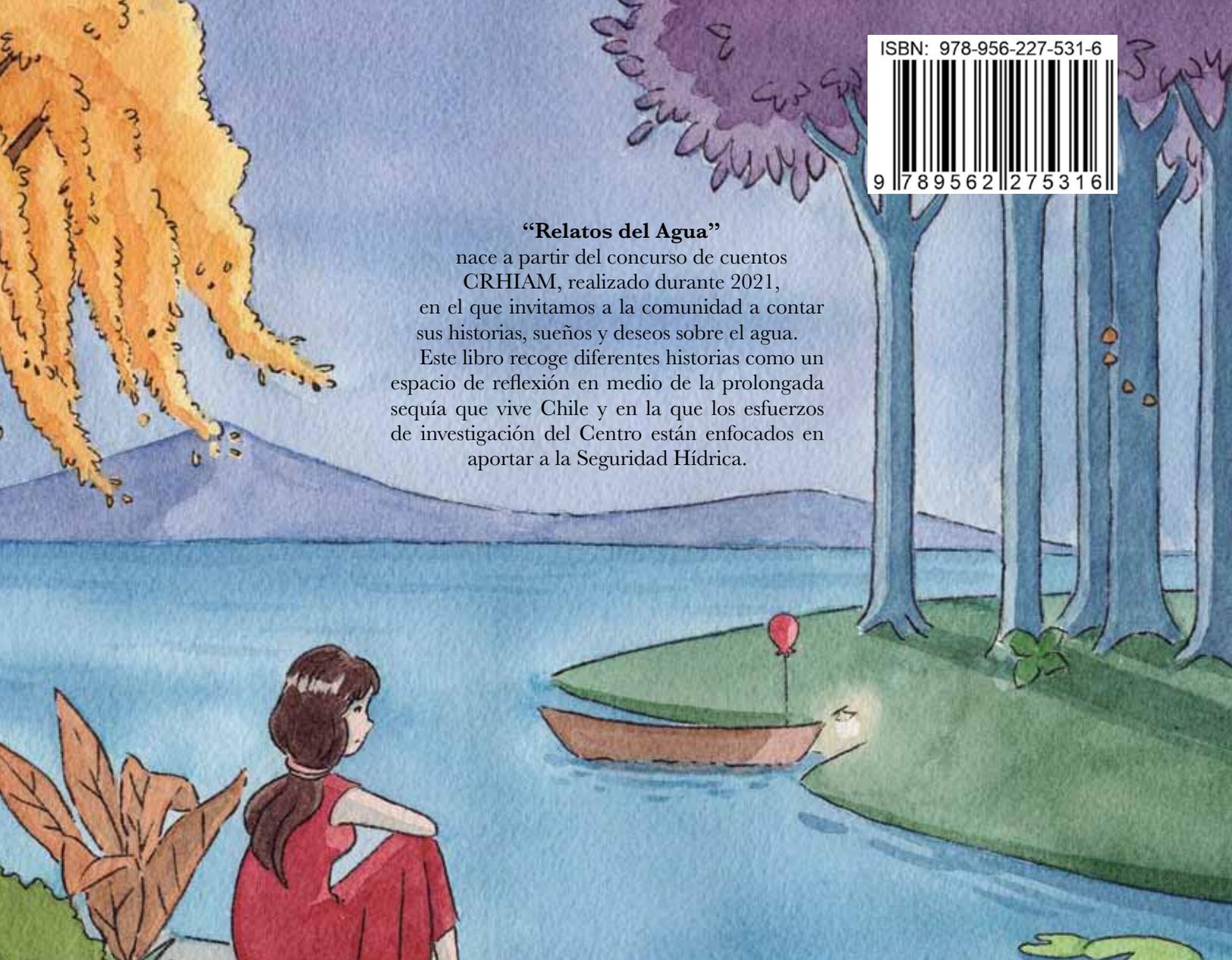
ISBN: 978-956-227-531-6



“Relatos del Agua”

nace a partir del concurso de cuentos
CRHIAM, realizado durante 2021,
en el que invitamos a la comunidad a contar
sus historias, sueños y deseos sobre el agua.

Este libro recoge diferentes historias como un
espacio de reflexión en medio de la prolongada
sequía que vive Chile y en la que los esfuerzos
de investigación del Centro están enfocados en
aportar a la Seguridad Hídrica.



CRHIAM

CENTRO DE RECURSOS HÍDRICOS PARA LA AGRICULTURA Y LA MINERÍA

ANID/FONDAP/15130015



Universidad de Concepción



UNIVERSIDAD
DE LA FRONTERA



Universidad del Desarrollo

